

D. MARCELINO OLAECHEA

(VIGENCIA DE SU OBRA APOSTOLICA Y SOCIAL)

D. MARCELINO OLAECHEA
(Vigencia de su Obra Apostólica y Social)

© Asociación Católica de Maestros.

EDITA: ASOCIACION CATOLICA DE MAESTROS

Calle Santo Cáliz, 5, 2.º. Teléfono 331 89 40. 46001 - Valencia.

Dirige la edición: Pascual de Pablo.

Coordinación editorial: Javier Boronat Cháfer.

Fotografías cedidas por el Archivo Gráfico del Arzobispado de Valencia

I.S.B.N.: 84 - 404 - 4731 - 0

Depósito legal: V. 1.559 - 1989

IMPRENTA NACHER, S. L. Milagro, 7. 46003 - Valencia

D. MARCELINO OLAECHEA

(VIGENCIA DE SU OBRA APOSTOLICA Y SOCIAL)

VALENCIA

1989

GRATITUD A NUESTRO FUNDADOR

Un testimonio permanente de recuerdo, un deber de gratitud sin límite, es lo que la «Asociación Católica de Maestros» de Valencia quiere dejar en esta página del libro que tan mercedamente se edita para recordar la figura de un GRAN MAESTRO, de un GRAN ARZOBISPO, el excelentísimo y reverendísimo Don Marcelino Olaechea y Loizaga, que durante largos años de labor pastoral profunda, repleta de una caridad extraordinaria, dedicó su sabiduría, su bondad y amor a los educadores valencianos.

La «Asociación Católica de Maestros de la provincia de Valencia» se complace, alegre y colabora, en la difusión de este libro compendio de tan valiosos trabajos que ponen de relieve la ingente labor de este ilustre Prelado, tan querido por esta sencilla Asociación.

Don Marcelino fue quien dio a luz a esta entidad, aprobando la fusión de todos los movimientos de maestros que entonces existían, tanto profesionales como católicos, en uno sólo: «La Asociación Católica de Maestros» de la provincia de Valencia.

Esta Asociación fue verdaderamente mimada y querida por nuestro Arzobispo Olaechea, quien en todo momento la impulsaba y daba vida. En estos tiempos difíciles invocamos su ayuda y protección; sintiéndonos necesitados acudimos a él que tanto se desveló por la eficacia de sus numerosísimas actividades, las cuales dieron apoyo y formación a una multitudinaria pléyade de maestros.

Nosotros no podemos menos que sentirnos agradecidos y humildemente unirnos a tan merecido homenaje como se le tributa.

Concepción Hervás

Presidenta de la Asociación
Católica de Maestros

DON MARCELINO FIEL SERVIDOR DE LA IGLESIA EN VALENCIA

Han tenido la bondad de invitarme a que escriba unas líneas sobre D. Marcelino, de venerado recuerdo, con quien durante muchos años en Pamplona y en Valencia viví estrechamente unido e identificado con su pensar y su trabajo pastoral.

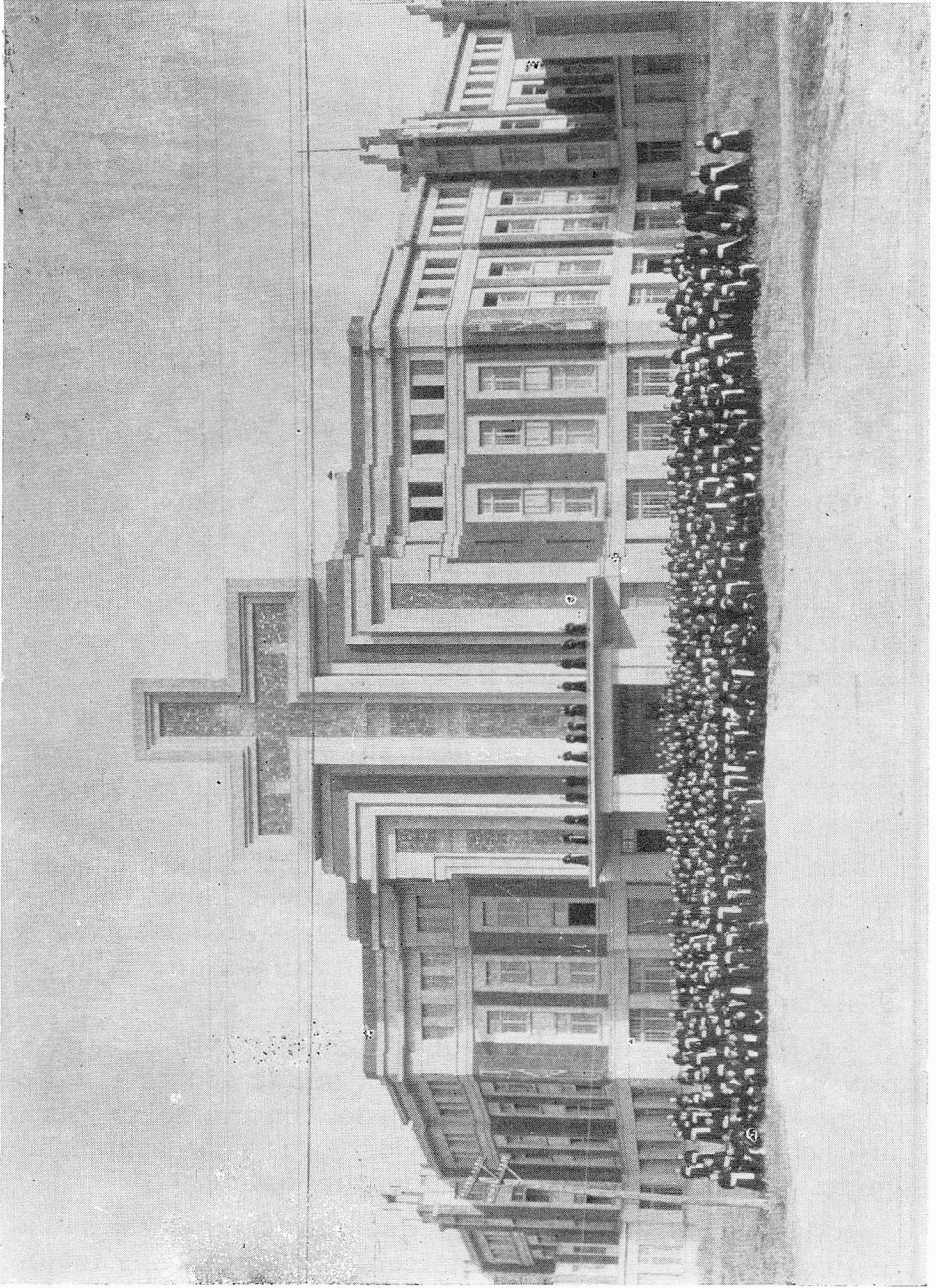
Con gusto he aceptado la llamada de buenos amigos. El afecto y el respeto que siempre profesé a D. Marcelino era y es muy grande. Mi vida sacerdotal y episcopal estuvo unidísima a la suya: por él fui consagrado obispo y fui su auxiliar durante largos años. No pienso —ni puedo— escribir ahora su biografía.

Siempre y sólo vi en D. Marcelino a un obispo sacrificado, lleno de fe, con santidad sin gazmoñerías, de sencillez y naturalidad evangélicas y con una ilusionada entrega a su diócesis de Valencia.

En estos días de mi ancianidad y ocaso episcopal estoy leyendo un libro de oro del renacentista valenciano Juan Luis Vives —exquisito humanista y delicioso escritor—. Del mismo extraigo algunas máximas que reflejan el sentir y el pensar de D. Marcelino:

«A los buenos todo les redundo en bien». El alma recta y de profunda fe, cualquier cosa que le aconteciese de bueno, de malo, de gusto o disgusto, todo le servía para provecho de su persona. En él «los gozos y las contradicciones de la vida diaria formaban un todo».

«Más hermoso por dentro que por fuera». La sabia distinción y señorío de D. Marcelino encontró sus mejo-



Seminario de Pamplona, un recuerdo del paso de D. Marcelino por la Diócesis navarra

res expresiones en sus virtudes calladas, en su unión con Dios, en su talento y discreción admirables: valores más excelentes que las mejores joyas y que su prestancia personal.

«**Hazte respetable a tus propios ojos**». D. Marcelino respetaba a los demás, a todos sin excepción. Sus juicios sobre las personas eran siempre buenos porque en su caridad los tenía por bien intencionados.

«**Las cosas creadas sólo sirven para hacer el bien**». Sus fuerzas, su menguada salud, su vida entera, cuanto llegó a sus manos lo dedicó enteramente al servicio de los demás.

«**Imán del amor es el amor**». Como a San Juan Bosco, su Padre, D. Marcelino gustaba amar y que lo amasen. Los que le trataban personalmente se sentían fuertemente amados por su amabilidad.

«**Siempre bueno con todos**». Con los buenos y con los que no lo eran, con los amigos y aún con los que no lo amaban, con todos quiso ser y fue siempre D. Marcelino sincero amigo.

Estas ideas deshilvanadas reflejan —creo— algunas de las cualidades humanas, espirituales y pastorales que adornaban su hermosa alma.

Que el Señor nos dé a los que conocimos a D. Marcelino «su espíritu».

Jacinto Argaya

UN ARZOBISPO SALESIANO EN LA SEDE VALENTINA

La Sede del Arzobispado de Valencia había quedado vacante por fallecimiento de D. Prudencio Melo y Alcalde.

El pueblo valenciano, que vivía momentos de acentuada religiosidad, se impacientaba por saber quién iba a ser el sucesor.

Abundaban los comentarios y también los nombres de los posibles sucesores, hasta que sin otras razones que la certera intuición que tienen los pueblos —las co-razonadas— iba imponiéndose el nombre de un obispo joven que ocupaba la sede obispal de Pamplona.

Los bien enterados destacaban de él su celo apostólico y otros ya habían hablado por teléfono con amigos o familiares de Navarra y sabían que era un hombre tenaz y como buen salesiano gran protector e impulsor de obras educativas y sociales.

No faltaban tampoco los católicos que presumían de bien enterados por gozar de buenas amistades entre las jerarquías eclesiásticas que iban diciendo, casi al oído de sus amistades, que nuestro arzobispo sería D. Marcelino Olaechea y Loizaga, pero «tú no lo digas a nadie». Con esta última recomendación pensaban que guardarían el secreto y dejarían el campo libre para llevar personalmente las primicias de la buena nueva.

Al fin llega la noticia oficial del nombramiento a favor de D. Marcelino fechada en 16 de febrero de 1946, noticia que es acogida con alegría por todos.

Tras los preparativos para recibir solemnemente al

nuevo arzobispo tuvo lugar su entrada oficial a las 19 horas del domingo 16 de junio de 1946, siendo recibido con entusiasmo por parte de autoridades y fieles valencianos.

Realizada la posesión se produce un compás de espera en el que D. Marcelino pregunta, escucha, observa, medita... hasta que llega el momento que considera oportuno actuar y entre las parcelas que se propone desarrollar principalmente su acción apostólica figura la de la enseñanza de la que aquí debemos ocuparnos.

La Asociación Católica de Maestros atravesaba uno de los momentos más brillantes de su historia. El Liceo pedagógico, que así se llamaba entonces, estaba presidido por D. Francisco Martínez Morales, maestro prestigioso cuyo talento, vocación y energía de carácter, eran reconocidos por todos. Los ciclos de conferencias profesionales y culturales por él organizados a cargo de personalidades de rango nacional y provincial, eran admirados por todos, pero sabido es que cuando una Entidad alcanza el nivel que tuvo el Liceo, despierta el interés y la codicia de otros grupos que pretenden dirigirlas y hasta absorberlas, pero D. Francisco Martínez no se doblegó y ayudado por sus compañeros conservó íntegra la independencia de la Entidad.

Dejando al margen otros grupos que pretendían influir en la dirección del Liceo, destacaremos un sector de maestros, entre el que abundaban las maestras, que proponían que el Liceo volviera a ser Congregación Mariana del Magisterio. La razón de esta actitud se sustentaba en que el Liceo nació siendo congregación, pero por razones fáciles de comprender, hubo que cambiarle el nombre y con el de Liceo fue viviendo hasta el momento que nos ocupa.

Y es en el momento de esta lucha, llevada con cierta dureza, cuando llegó el señor Arzobispo a Valencia y ya bien informado llama a D. Francisco Martínez, quien le informa objetivamente de la situación. Tras una entrevista muy afectuosa el señor Arzobispo le encarga que le presen-



Solemne entrada en Valencia, su nueva Diócesis

tara una terna de posibles candidatos para sustituirle en la Presidencia y luego ya se discutirían las normas para actuar en adelante. Así se hizo y es de destacar que a partir de entonces aquel hombre cuya energía de carácter no habían podido doblegar, quedó humildemente a las órdenes de la Jerarquía a la cual sirvió con absoluta fidelidad.

El nombramiento del nuevo presidente no se hizo esperar y recayó en un virtuoso maestro de ejemplar vida profesional llamado D. Vicente Hervás Vallés. De sus aulas habían salido multitud de alumnos de familias carentes de medios económicos, que tras una buena preparación consiguieron becas para continuar estudios y al no conseguirlas, en algunos casos él mismo abonaba las matrículas. Ambos presidentes con temperamentos bien distintos, fueron arquetipos de magníficos educadores, cuyo ejemplo influyó en la generación de maestros que les rodeaban.

Las primeras reuniones resultaron muy laboriosas. Recuerdo que un motivo muy polémico fue el nombre que debía llevar la nueva Entidad, ya que unos deseaban que siguiera llamándose Liceo, otros que se le devolviera el antiguo nombre de Congregación Mariana del Magisterio y un tercer grupo de espíritu conciliador proponía que se llamara Asociación de Maestros Católicos.

Al fin se acuerda pedir audiencia al señor Arzobispo para darle cuenta de las posiciones adoptadas por los tres grupos y las razones que defendía cada uno de ellos. El señor Arzobispo, tras haber oído los distintos criterios, se muestra de acuerdo en sustituir el nombre, puesto que así lo deseaba la mayoría. No aprueba, en cambio, dar el nombre de Congregación a una Entidad que debía ser eminentemente profesional y se inclina por la tercera propuesta, pero con una rectificación: la de que en lugar de llamarse Asociación de maestros católicos se llamara Asociación Católica de Maestros. Su idea, como ya se habrá visto, era la de acrecentar en todo lo posible la formación profesional de sus asociados, atrayendo al Magisterio en general. En lo referente a la religiosidad de la Entidad estaba asegurada

por su consiliario y la Jerarquía Eclesiástica de la cual dependía.

Durante el período de reorganización de la Asociación menudeaban las visitas del señor Arzobispo, así como su asistencia a los actos que se organizaban y tanto la directiva como los asociados se sentían estimulados por la atención y el apoyo de su Prelado. Los frutos no se hicieron esperar y junto a los Cursos y conferencias para maestros se organizaron las visitas escolares a monumentos y museos de la capital que todavía vienen realizándose, ahora patrocinadas por la Sociedad Valenciana «Fomento del Turismo».

Me viene a la memoria una visita que hicimos al antiguo Convento de Santo Domingo. El entonces Capitán General de la Tercera Región Militar, D. Gustavo Adolfo Urrutia, estaba llevando a cabo una importante restauración del antiguo edificio y con tal motivo los escolares valencianos le dedicaron un emocionado homenaje. Asistieron cerca de 3.000, nuestras primeras autoridades y el señor Arzobispo al frente de la Junta de la Asociación, quienes ocupaban un amplio estrado instalado al efecto.

Hizo el ofrecimiento del acto uno de nuestros escolares que poseía unas dotes oratorias extraordinarias y a continuación pronunció un bello discurso D. Luis B. Lluch Garín, entonces ponente concejal de Cultura del Ayuntamiento valenciano, de grata memoria para nuestra asociación.

Cerrando el acto se acercó al micrófono D. Gustavo Adolfo Urrutia, quien desbordado por la emoción no pudo articular palabra y entre sollozos nos dijo: «Que venga un grupo de chicos a verme. Les daré las gracias».

Convocamos un concurso de redacciones y dibujos y seleccionados algunos de ellos, acompañamos a los chicos para que los entregaran personalmente a D. Gustavo Urrutia, quien correspondió con magníficos regalos.

Como anécdota hay que decir que había algunos trabajos de los alumnos de D. Vicente Hervás, los cuales eran,

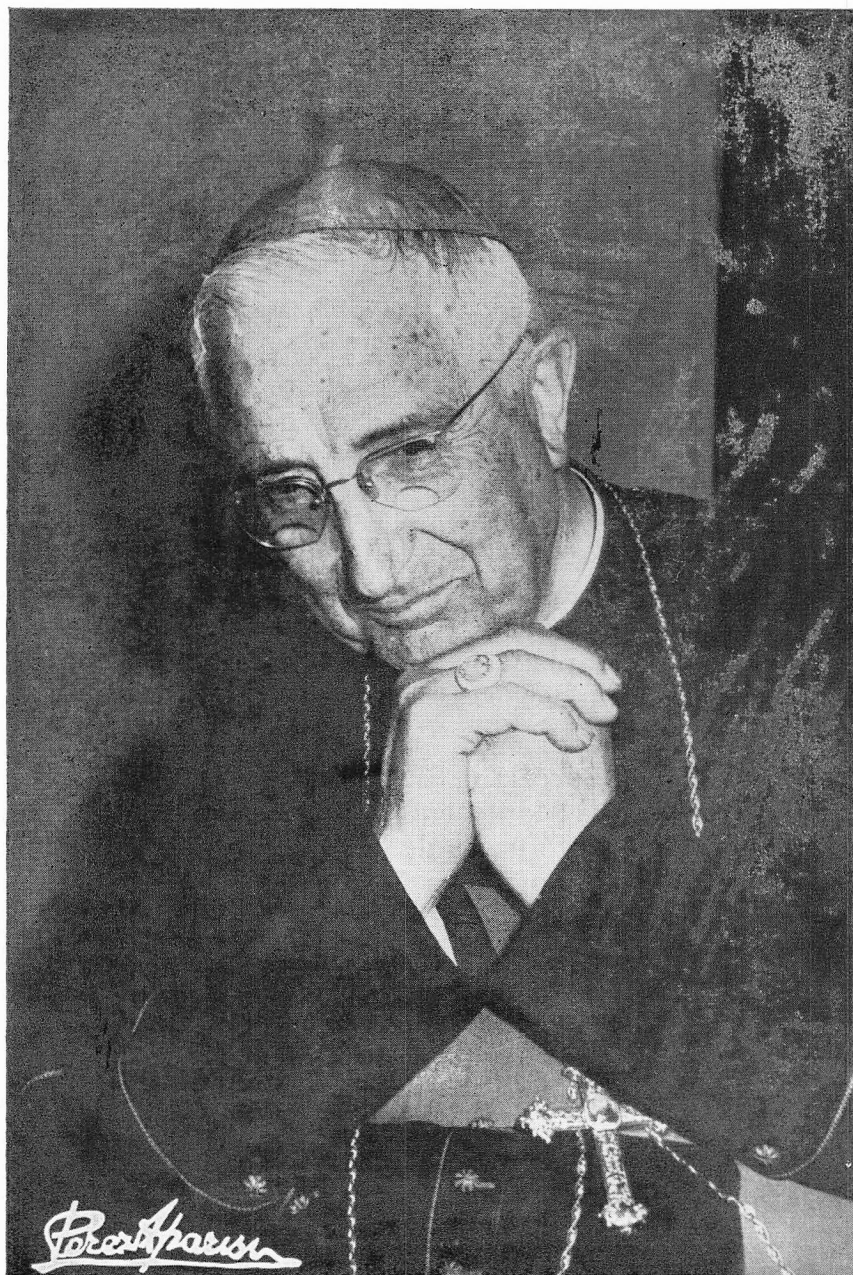
como su maestro, magníficos calígrafos y al observar una indecisión del general como si dudara de que aquel texto había sido escrito por los chicos hicimos que escribieran algo en su presencia con lo que las dudas quedaron disipadas. El general hizo grandes elogios de aquellos trabajos.

Un día preparamos una visita a la Catedral, y, el señor Arzobispo, que seguía de cerca nuestros pasos, se presentó a media mañana en el templo sin previo aviso. Estuvo dialogando con los chicos hasta el punto de que parecía un monitor más. Al finalizar la visita se sentó junto a la puerta con un saquito de caramelos a cada lado que iba repartiendo a medida que los chicos desfilaban besando su anillo pastoral. D. Joaquín Mestre observó que se quedaban cortos y procuró rápidamente nuevas provisiones.

Nuestro Arzobispo, como buen salesiano, no desaprovechaba ocasión para hablar de la educación de los chicos. Presidió una vez una reunión de señoras con fines apostólicos y al final les habló de la educación de sus hijos y de la enorme responsabilidad que tenían ante Dios y ante la sociedad. Una de ellas le preguntó: «Señor Arzobispo, ¿a qué edad debe comenzar la educación de los hijos?» Y el Prelado contestó: «Un siglo antes de nacer».

La Asociación sigue trabajando e inaugura unas emisiones de Radio dirigidas a los escolares. En Barcelona ya funcionaban unas similares y pronto se ponen de acuerdo en que algunas emisiones producidas por Radio Mediterráneo fueran retransmitidas por Radio Valencia y Radio Barcelona y otras de Radio Barcelona por las dos emisoras valencianas.

En una de estas emisiones acudieron a saludar a las autoridades docentes y escolares de Barcelona D. Baltasar Rull y D. Luis B. Lluch Garín, alcalde y ponente de Cultura de nuestro Ayuntamiento. Cuando le tocó intervenir a nuestro escolar dijo así: «Después de habernos hablado a través de estas emisiones yo creo que debemos conocernos personalmente. Por lo tanto os invitamos a que un grupo



Su rostro emana una íntima satisfacción después de compartir un día con los chicos

de vosotros nos hagáis una visita. Os alojaréis en nuestras propias casas y os llevaremos a conocer lo más interesante de Valencia-capital y nuestra zona naranjera. El señor Arzobispo que no ha podido venir y D. Baltasar Rull, alcalde de Valencia aquí presente, son grandes amigos nuestros y nos ayudarán para que lo paséis lo mejor posible.» A D. Baltasar le hicieron gracia estas palabras y no cesaba de reír.

El intercambio se realizó con pleno éxito. En Valencia se cumplió con creces lo que se había prometido y en Barcelona se desbordaron en atenciones.

En la estación catalana nos esperaban cuando fuimos, personalidades de la enseñanza a cuyo frente figuraba el ponente de Cultura del Ayuntamiento de Barcelona y 50 escolares vestidos con el tradicional traje catalán. Ordenada la comitiva fuimos a visitar la Virgen de la Merced, Patrona de Barcelona, y como Radio Barcelona había reiterado la noticia de nuestra llegada, en el recorrido las gentes se agolpaban en las aceras y otros se asomaban a los balcones sin cesar de aplaudir. Terminada la visita a la Patrona, las familias se hicieron cargo de los chicos dirigiéndose a los respectivos domicilios.

La estancia en Barcelona fue agradable en extremo. Realizamos una visita a Montserrat y en el camino nos detuvimos viendo algunas fábricas de la zona industrial catalana y ya en el Monasterio de La Moreneta, Radio Barcelona transmitió un magnífico reportaje de nuestra visita. Los autocares, siempre al servicio de los escolares, nos llevaron a realizar un recorrido por la capital y la afamada escuela de Bosque nos ofreció una espléndida comida.

Para final realizamos una visita al Pueblo Español a la que asistieron todos los mayores que habían participado en el intercambio y una charanga alegró la tarde interpretando piezas populares del folklore catalán. Había que ver cómo los valencianos nos uníamos a los corros de los catalanes para ¿bailar? las sardanas.

Las familias de los chicos que intervinieron en el inter-

cambio quedaron altamente satisfechas. Se cruzaron obsequios entre sí, estableciendo relaciones amistosas. No habían aparecido los problemas entre catalanes y valencianos, aunque pensamos que ahora tampoco los hay entre las gentes sencillas de ambas regiones.

Después del viaje fuimos a visitar al señor Arzobispo para que conociera los detalles del viaje, quedando altamente complacido.

Al hablar de los logros conseguidos en estas emisiones deben consignarse las lecciones de divulgación musical que se dieron a cargo de D. José Roca, catedrático hoy jubilado de nuestro Conservatorio de Música. Estoy seguro que no se ha hecho nada mejor en el orden didáctico, pero ocurre que cuando se accede a un cargo nos creemos en la obligación de anular todo lo anterior para imponer nuestras propias ideas y así vemos que los aciertos anteriores van cayendo en el vacío mientras que con los nuevos inventos descubrimos el Mediterráneo.

Nuestro Prelado amplía su acción y se dedica a promover la creación de escuelas parroquiales que funcionaron bajo la protección de las parroquias y cuyas plazas de maestros se cubrían por rigurosa oposición. Los buenos resultados no se hicieron esperar y pronto fueron conocidas e imitadas en toda España.

La construcción de casas para obreros y empleados es una empresa que corresponde a otra sección de esta publicación, pero hay un hecho que debemos registrar porque demuestra una vez más, el interés que tenía nuestro Arzobispo por los chicos y por la enseñanza.

En las visitas que realizaba frecuentemente a las barriadas en construcción decía a los contratistas: «Antes de que lleguen los primeros inquilinos deben estar construidas las escuelas para que los chicos no pierdan clases. La iglesia ya la haremos a continuación».

Detengámonos un momento a pensar de dónde le llegaba el dinero para llevar a cabo estas empresas. Yo creo que ni él mismo lo sabía y cuando se veía asediado por los

acreedores solía decir: «Yo haré lo que deba, aunque deba lo que haga. Dios ya me ayudará». Y efectivamente, Dios no le abandonaba.

Ahora surge la idea de crear una tómbola de caridad cuyos resultados fueron realmente formidables. La tómbola se instaló en la plaza de la Reina, hoy de Zaragoza y el servicio estaba a cargo de las cuatro ramas de Acción Católica. Yo vivía en la misma plaza y durante el día veía sucederse los turnos de las ramas femeninas. Por las tardes acudían los jóvenes que habían terminado su trabajo y por las noches acudían las señoras acompañadas por sus esposos y mientras ellas vendían boletos ellos formaban grupos y hablaban, supongo yo, que «arreglando España».

La tómbola fue una formidable ayuda económica que permitió pagar a todos y que siguieran adelante las empresas de nuestro Prelado. Las anécdotas se sucedían en la Tómbola y luego eran celebradas por todos.

Recuerdo una tarde que, como todas, estaba muy concurrida la tómbola y el señor Arzobispo, según costumbre, deambulaba entre el público dialogando con todos. Sabido es que cuando salía premiado un boleto, el poseedor podía optar por un premio similar e incluso por su importe en metálico. Nuestro Prelado pasó junto a un señor que había adquirido una buena cantidad de boletos y los abría nerviosamente, pues suspiraba por llevarse a casa una bicicleta. D. Marcelino, al pasar junto a él, le acarició la espalda diciéndole: «Bien, bien, buen cliente». El hombre ni se enteró. Y un señor que estaba a su lado le dijo: «Que le ha tocado el señor Arzobispo». A lo que contestó nervioso: «Pues lo cambio por una bicicleta».

En aquella época había un jugador de fútbol en Valencia que era internacional y muy popular en toda España. Era natural de Baracaldo y por tanto paisano de nuestro Prelado, quien vio en esta circunstancia una oportunidad de oro que debía aprovechar. Al efecto tuvo una entrevista con Edmundo Suárez, conocido por «Mundo», en la que proyectaron convencer a sus compañeros de equipo para



Colocación de la primera piedra del grupo de viviendas de San Juan Bosco

que un domingo, después del partido que se jugara en el campo de Mestalla, acudieran todos a la tómbola a vender boletos. Además de decirle que sí, los jugadores añadieron que ese día sudarían como nunca la camiseta para ganar el partido y que el entusiasmo y las ventas de boletos fueran mayores.

Llegó la fecha señalada y tras el partido, que sí que lo ganaron, acudieron en autocar al templo de la Virgen, donde les esperaba el señor Arzobispo. Acompañándoles iba también la directiva del Valencia, y, cuando tras la visita se dirigían a la tómbola, nuestro Prelado iba delante triunfalmente convertido en capitán del Valencia, recibiendo los aplausos del gentío que llenaba la calle del Migulete. Abriéndose paso con dificultad llegaron al mostrador de la tómbola y el público que llenaba totalmente la plaza de Zaragoza los recibió con vivas al señor Arzobispo y fuertes

aplausos. Comienza la venta de boletos y ante la gran demanda los jugadores se ven desbordados teniendo que acudir en su ayuda los directivos y hasta el propio señor Arzobispo, que animaba a los compradores con frases oportunas: «La Virgen te agradecerá tu colaboración». «¿Te ha gustado el Valencia, no?» «Gracias. Muchas gracias por tu ayuda a los obreros».

Al marcharse el gentío no era extraño oír decir: «El señor Arzobispo es un hombre muy bueno». «Qué cariñoso es el señor Arzobispo». «A mí me ha dicho que todo lo que saca es para las casas de los obreros y para las escuelas de sus hijos». Eran las gentes modestas que intuitivamente habían captado la auténtica personalidad de nuestro venerable Prelado, ya que tras el hombre piadoso y de acción, capaz de afrontar las más arriesgadas empresas, tras el hombre de talento que desde su elevado rango de la Sede episcopal valentina defendía enérgicamente sus ideas y proyectos ante los más elevados personajes del momento histórico, aparecía el frailecillo salesiano, hijo de Dom Bosco, en su principal dimensión; en la del Amor a los humildes, niños o mayores.

La Asociación Católica de Maestros obtiene del señor Arzobispo la conformidad para organizar una peregrinación a Roma al que se inscribieron maestros de toda España en número de 543.

El viaje se hizo en un tren especial en el que instalamos altavoces en todos los vagones, a través de los que dábamos informaciones culturales, turísticas y religiosas.

Un momento emocionante fue cuando se ofició la Santa Misa que todos siguieron a través de los altavoces instalados en los vagones acudiendo por los pasillos a recibir el Pan de la Eucaristía.

El señor Arzobispo, que se adelantó para gestionar la audiencia especial con el Santo Padre, nos esperaba en una estación cercana a Roma y con él 28 autocares para trasladarnos a los respectivos hoteles. Todo se desarrolló en perfecto orden.

En la audiencia especial se desbordó el entusiasmo y Pío XII pronunció una magnífica plática alusiva a la enseñanza.

Vistos los buenos resultados muchos maestros pidieron que se organizara de nuevo, repitiéndose al año siguiente con idénticos resultados.

Un hecho anecdótico se produjo en la Jefatura de Policía cuando realizábamos los trámites para que nos dieran los pasaportes. Resulta que uno de nuestros directivos quería que admitiésemos a unos familiares suyos de un pueblo. Uno de ellos, al ir a firmar dijo: «Aon está la caixeta?» Se refería al tampón para estampar las huellas dactilares, pues no sabía firmar. El empleado, indignado, se levantó del asiento y gritó: «¿Pero es que este hombre también es maestro?». Le apaciguamos como pudimos y acabó entregándole el pasaporte.

Debía terminar, de acuerdo con las dimensiones marcadas para este trabajo, pero no puedo porque queda algo muy importante que reseñar: la creación de nuestro querido Arzobispo del Día del Maestro. Concibe la idea y como se trata de una empresa muy importante se pone en contacto con D. José María Haro Salvador, Magistrado del Trabajo y Presidente del Consejo diocesano de Hombres de Acción Católica. Era Haro Salvador hombre de talento, antiguo becario del Colegio Carolina Alvarez de Burjasot, fundado por San Juan de Ribera. En la Acción Católica de toda España era admirado por su extraordinaria capacidad de trabajo y yo destacaría sobre todas sus virtudes y méritos la de su humildad, ya que no es corriente que un hombre de su categoría social e intelectual se uniera a los maestros como uno más ayudándoles a resolver sus problemas. El señor Arzobispo había elegido bien.

La preparación del Día del Maestro era muy laboriosa. Se mandaban circulares a toda la provincia y a través de Acción Católica a toda España. Yo recuerdo que al llegar la fecha se desplazaban a las localidades de la provincia para dar normas por medio de conferencias, los propagandistas de Acción Católica.

Llegado el Día del Maestro se celebraba el Acto Homénaje y en él intervenían representaciones de alumnos, padres, autoridades, etc. Se fomentaba el afecto que debía existir entre padres, alumnos y maestros a quienes se obsequiaba principalmente por parte de las autoridades y en muchos casos se reunían en una comida de hermandad.

Nuestro Prelado era muy conocido por el Magisterio de toda España. Recuerdo que cuando llegábamos a Madrid a asistir a las reuniones que anualmente celebraban los representantes de las Asociaciones católicas del Magisterio de toda España, todos nos preguntaban por él y al iniciar las reuniones se acordaba por unanimidad mandarle un saludo.

El magisterio ha tenido siempre deseos de superación profesional y a sus manos han llegado siempre revistas profesionales, contando además con el apoyo de una buena inspección. En los actuales momentos se está trabajando con interés por mejorar la calidad de la enseñanza, tarea que hay que aplaudir, pero no olvidemos que una auténtica educación se basa principalmente en la correlación afectuosa de maestro - padre - alumno, o sea en la pedagogía del Amor, que es la que practicó y propagó nuestro excelentísimo y reverendísimo señor Arzobispo D. Marcelino Olaechea y Loizaga.

Pascual de Pablo

DON MARCELINO Y EL SANTO CALIZ

Fue en 1608, cuando la iniciativa de un benemérito canónigo de la Catedral de Valencia, don Honorato Figuerola, se lanzaba a trabajar con gran empeño para que la devoción que ya venía profesándose al Santo Cáliz se incrementara, promoviendo la celebración de solemnísimos cultos en honor de tan excelsa reliquia, con la decisiva aprobación de los insignes arzobispos Juan de Ribera y Fray Isidoro de Aliaga, que aprobaron y favorecieron el cumplimiento de las disposiciones otorgadas por el canónigo Figuerola a la muerte de éste.

Aquellos cultos y fiestas anejas en honor del Santo Cáliz siguiéronse celebrando con regularidad hasta principios del siglo XIX en que comenzó a decaer la solemnidad de los actos, hasta llegar a pasar casi desapercibida la fiesta, sobre todo a consecuencia de la nefasta desamortización decretada por Mendizábal, por la que el gobierno vino a apoderarse de todos los bienes de las Administraciones de la Iglesia.

En 1888 volvió a recobrar la fiesta del Santo Cáliz su solemnidad, merced al nuevo impulso que le diera el entonces Arzobispo de Valencia, Cardenal don Antonio Monescillo, y en el día de la Epifanía de 1916, ocupando la sede valentina el Prelado don Valeriano Menéndez Conde, era trasladado solemnemente a la antigua Aula Capitular el Santo Cáliz, donde en la actualidad se halla expuesto a la pública veneración, en el marco adecuado que tan estimada joya merece.

Tras el paréntesis de la guerra civil de los años 1936-

1939, devuelto el Santo Cáliz a su Capilla, prontamente vino a manifestarse un renovado fervor hacia la Sagrada Reliquia. Pero es a partir de 1946, en que es destinado como arzobispo a la diócesis valentina el doctor don Marcelino Olaechea y Loizaga, cuando la devoción y culto al Santo Cáliz van a entrar en una nueva etapa de promoción y desarrollo, gracias en parte principalísima a la labor de este Prelado, quien piadosamente conquistado desde su llegada a Valencia por el Santo Cáliz, no tardó en lanzarse con aquel entusiasmo y eficacia que caracterizaron sus numerosas iniciativas y realizaciones desarrolladas en los más diversos campos de las actividades sociales, apostólicas y litúrgicas, a intensificar el fomento de la devoción al Sagrado Vaso, con la firme cooperación de autoridades, clero y fieles de la ciudad y diócesis.

Un paso importante en la consecución de tal objetivo lo daba en la sesión capitular extraordinaria del 16 de septiembre de 1948, presidida por el propio Prelado, en la que éste exponía su deseo de fomentar el conocimiento y culto de la Santa Reliquia, poniendo como carga una canonjía, la de Celador del Culto del Santo Cáliz, y ha sido bajo la dirección de los dos prebendados celadores que hasta hoy han sido: Dr. D. Benjamín Civera Miralles, designado para el cargo el 14 de octubre de 1948, y posteriormente, el a sazón Prefecto de Sagradas Rúbricas, muy ilustre señor D. Vicente Moreno Boria, cuando surgieran en exteriorización masiva y junto a la restauración de los históricos y añejos cultos, la instauración de otros nuevos, como la celebración de los «Jueves del Santo Cáliz»; el remozamiento y puesta al día de la Real Hermandad del Santo Cáliz, Cuerpo colegiado de la nobleza titulada valenciana, a la que infunde nuevo impulso; la campaña de difusión por España, Europa y América de esta devoción ecuménica y valentina, culminada con la publicación de numerosos folletos, estampas y libros sobre el Santo Cáliz, como el realizado incluso en el extranjero (Lauro López Beltrán: «El Santo Cáliz», México, 1953) y en la profesión de numerosos cofrades, de dentro y fuera de España, como el grupo de Liver-



Solemne peregrinación a San Juan de la Peña

pool (Inglaterra), con su lord Alcalde, a quien el Dr. Olaechea impuso la insignia de honor; la fundación de la «Cofradía del Santo Cáliz», para caballeros y damas, erigida canónicamente en la Catedral, con estatutos aprobados «ad experimentum» el 25 de marzo de 1952, y con carácter definitivo por parte del Prelado el 25 de noviembre de 1955; la promoción de peregrinaciones, colegios y entidades, y, en fin, una constante labor de superación caracterizada por sus abundantes frutos y desarrollada al calor de su corazón eucarístico.

Entre tantas y tantas realizaciones promovidas por el atisbo genial de don Marcelino, vale la pena destacar por la eficacia de sus resultados, el incremento de las peregrinaciones, que tanto contribuyeron a acrecentar las muestras de devoción al Santo Cáliz y que se caracterizaron por la extraordinaria afluencia de peregrinos. Ya, anteriormen-

te, grupos de fieles habían peregrinado a la capilla del Santo Cáliz, pero siempre de modo excepcional y esporádico. Pero fue a partir de 1957, cuando estas peregrinaciones vienen a multiplicarse tomando un carácter más variado, bajo la iniciativa de determinadas entidades, cofradías o parroquias, e incluso en ocasiones, organizadas por las parroquias de una determinada población, o más todavía de un arciprestazgo completo.

Se haría interminable recordar la lista de estas peregrinaciones o reseñar la cita de los grupos y personalidades llegados tanto de España como del extranjero; preladados venidos incluso de los más alejados países, y estudiosos de la historia y del arte, que acudieron a postrarse ante el Cáliz de la Cena del Señor. Como se haría igualmente incabable la referencia a los actos de devoción realizados ante la Sagrada Reliquia, entre los que no podemos silenciar por su hermoso significado, la norma que viniera a establecerse de que todos los nuevos canónigos y beneficiados de la Catedral, inmediatamente después de tomar posesión de su cargo, visiten la Capilla e ingresen en la Cofradía.

Una feliz disposición de la Santa Sede, recogida inmediata y oportunamente por don Marcelino, fue aquella por la que apresurándose a usar de las facultades que le concedía el Motu Proprio «Sacram Communionem» para celebrar misas vespertinas, autorizaba la celebración en la Capilla del Santo Cáliz de una misa vespertina cada jueves. La primera celebración del nuevo plan de cultos tenía lugar el 25 de abril de 1957, con asistencia del Cabildo y a intención de la Real Hermandad, y era oficiada por el propio señor Arzobispo, quien asimismo pronunció una bellísima plática sobre el Evangelio del día, que recordaba la aparición de Cristo a María Magdalena.

Pero fue con motivo de venir a celebrarse la conmemoración del XVII centenario de la llegada a España del Santo Cáliz de la Cena, que el atisbo genial de don Marcelino, fija la vista en la futura coyuntura histórica y haciendo suyo el deseo manifestado por la ciudad de Huesca, así como de

las demás poblaciones de Aragón que en su día fueran poseedoras del Santo Cáliz, que pedían se permitiera a la reliquia, con todas las garantías necesarias, visitar aquellos lugares, designaba una comisión para que estudiase la posibilidad de llevar a efecto tal visita.

Constituida aquélla, al frente de la cual figuraba el Canónigo Director del Santo Cáliz, don Vicente Moreno y el celoso propagandista y presidente de la Cofradía don Luis B. Lluch Garín, desplazáronse éstos, como adelantados del proyecto, a visitar no sólo Huesca, sino también Zaragoza y demás antiguas sedes del Sagrado Vaso, pudiendo constatar así, personalmente, cuánto era el amor y devoción que a la veneranda reliquia perduraba en Aragón y el ferviente deseo manifestado por todas ellas, de que la solicitada visita del Santo Cáliz a aquellas tierras, pudiera convertirse pronto en una feliz realidad.

Transmitido el mensaje al Cabildo de la Catedral, como Custodio de la Santa Reliquia, fue solicitada por éste la anuencia del Prelado, que ya anteriormente había expresado su opinión: «Que todo muy en grande, con gran resonancia en España y fuera y con todas las garantías, le parecería muy bien.» Por lo que ahora estimando las solicitudes formalmente hechas por las autoridades y pueblos de Aragón, y dadas las garantías de seguridad, culto y esplendor, ya no cabía oponer ningún reparo a que el Santo Cáliz visitase aquellos lugares.

Y fue así, como aquel gran milagro del pueblo aragonés pudo verse realizado. Y como afirmara en su alocución, que como pórtico a la celebración del Centenario Laurentino, pronunciara don José María Lacasa, Decano del Colegio de Abogados y presidente de la Junta de fiestas del Centenario, lo había hecho posible San Lorenzo por medio del excelentísimo Arzobispo de Valencia, quien seguidamente vino a proclamar la buena nueva sobre aquel magno acontecimiento espiritual, magnífico augurio de lo que iban a ser y así fueron las fiestas centenarias del Santo Cáliz.

Ciertamente que tal Conmemoración no podía ser, ni lo fue, resultado de un arrebató momentáneo de fe y entusiasmo, sino que hubo de pasar en realidad por el crisol de una larga y concienzuda preparación durante la que una y otra vez vino a hacerse patente el esfuerzo puesto por don Marcelino, que a la vez que continuaba en su propósito de avivar un nuevo renacer en Valencia del culto al Santo Cáliz, revalorizaba una devoción eucarística cuya máxima proyección se manifestaría en la celebración de aquella memorable conmemoración que marcó con su impronta una fecha memorable en la historia de Valencia.

Si la necesaria limitación impuesta a este trabajo no lo impidiera, habría que incluir, por el especial relieve que tuvieron, las dos pastorales, la primera dada a luz en la Pascua de Resurrección del Señor de 1959 y la segunda el 1.º de junio de 1959, que emitiera don Marcelino en los mismos umbrales del ciclo de las fiestas mayores del Centenario en Valencia y del viaje triunfal del Santo Cáliz por tierras aragonesas. En ellas se aunaban la erudición histórica, el fervor eucarístico, el celo pastoral, la dedicación patria, la ejecutoria de una sentida valencianía y la dilatada apertura de un corazón paterno; todo ello iluminado con la más fina prosa y la más encendida caridad.

Y así fue, que como resultado de tantos impulsos pastorales y de una entrega personal total, junto con el acierto de la elección de un bien escogido grupo de entusiastas colaboradores, lo que no se atisbaba en un principio sino como un hermoso y ambicioso deseo, sí vino a vislumbrarse luego, como teñido con tintes proféticos, y a agigantarse y convertirse en una triunfal realidad, al recibir el empuje final, la colosal y genial empresa de sacar el Santo Cáliz del regazo piadoso de Valencia y lanzarlo a la reconquista del prístino fervor, por los añejos lugares de su antigua estancia, para recibir el fervoroso homenaje de los nobles corazones aragoneses.

Otro de los grandes logros obtenidos por el que fuera nuestro amadísimo prelado y celoso impulsor de la devoción y acrecentamiento del culto al Santo Cáliz de la Cena,

don Marcelino Olaechea, fueron aquellas impresionantes procesiones que con motivo de las celebraciones del Jueves Santo y Día del Santo Cáliz, vinieron a tener lugar durante algunos años. La Carta Pastoral dirigida por el Prelado al clero y fieles de la ciudad de Valencia es modelo de devoción al Santo Cáliz y de emotiva llamada a la conciencia espiritual de los valencianos.

«Valencia —decía en ella— tiene lo que no posee ninguna ciudad, no sólo de España, sino del mundo: el Santo Cáliz de la Última Cena. Abraza la historia de muchos siglos a una bella tradición que, en entera concordancia con la arqueología, nos pone en posesión de un sagrado vaso por el que nos envidiaría cualquier ciudad cristiana de la tierra.

Vamos a llevarlo en triunfo, adorando en él la inmensa e incomprensible bondad de Jesucristo al cambiar el vino de la Última Cena en la Preciosísima Sangre que sería derramada en favor de todos para remisión de los pecados.»

Y a continuación informaba a sus diocesanos cómo de acuerdo con el Ayuntamiento, había dispuesto que todos los años se llevase a cabo una piadosísima procesión, que, contando con el entusiasmo de la Hermandad del Santo Cáliz, de su fervorosa Cofradía, integrada por hombres solos que entonen el «Pangelingua» y las tradicionales preces que se ofrendan a la sagrada reliquia, partiendo de la Catedral en la noche del Jueves Santo se dirigiera por las calles y plazas de la capital hasta el balcón principal del palacio del Ayuntamiento desde donde se impartiría, con ella, la bendición a la multitud congregada en la gran plaza.

La realidad impresionante de la procesión confirmaron la bondad y acierto de ésta, una más, de las iniciativas de don Marcelino.

«La Vanguardia Española», de Barcelona, de 25 de marzo de 1964, tras hacer una acertada semblanza del prelado valenciano en la que ponía de relieve su continuo amor a los necesitados, su ardiente afán por mejorar las condiciones de vida de las clases humildes, la erección del gran se-

minario de Moncada, el arreglo de parroquias, las mejoras de las clases sacerdotales, la restauración de conventos e iglesias, visitas pastorales, organización de congresos Eucarísticos, misiones, desfiles procesionales, el Instituto Social, el Sínodo Diocesano, el Congreso Litúrgico, el Año Mariano de 1960, el notable aumento de las parroquias, la creación del «Banco de Nuestra Señora de los Desamparados», base de la magna empresa de edificación de viviendas, etc., destacadas facetas todas ellas de su apostolado cristiano y de su solicitud de vigilante y amante pastor de almas, destacaba como a juicio del editorialista, donde culminaba la pasión, el celo pastoral del doctor Olaechea y Loizaga en su contacto con las cosas valencianas, era en su apasionada devoción al Santo Cáliz conservado en la Catedral.

Y del periódico «Las Provincias», de Valencia, entresacamos el siguiente párrafo, con el que damos fin a nuestro trabajo, que resume en sí mismo lo que supuso en el incremento de la devoción y culto al Sagrado Vaso, la devoción contagiosa y la fe arrebatada de aquel gran arzobispo que fuera de Valencia, don Marcelino Olaechea y Loizaga:

«Reconozcamos que, por fin, la fama, el interés y el culto del Santo Cáliz ha roto el delicado capullo reducido e íntimo en que se desenvolvió hasta ahora, y se difunde de una manera creciente y cada día más poderosa dentro y fuera de las fronteras patrias.»

Manuel Sánchez

OLAECHEA, POR LA RUTA DE DON BOSCO

Creo, para empezar, recordando la venerable figura del arzobispo de Valencia don Marcelino Olaechea, que formular una afirmación tan rotunda en el título es el mejor elogio anticipado de su fecunda vida.

En momentos graves, determinados y para actuaciones concretas difíciles, el Señor suscita o promueve, la acción misericordiosa de personas adecuadas, seres que responden —palabra bálsamo, conducta armoniosa y obra reparadora—, al posible y necesario remedio restaurador del nocivo y peligroso ambiente creado.

No cabe duda que en la archidiócesis valentina, acontecimientos trágicos, huellas de mucha sangre humana, alguna mártir y martirial, grandes penurias económicas —en los desfavorecidos muy agudas— y desastres industriales, mas muchas señales de la lucha civil habían dejado desde julio de 1936, hondo surco trágico en los corazones y amargura de sal y de dolor en rostros y conciencias. Recuperar —material, espiritualmente—, era más que necesario, indispensable.

En el cuadro universal, aparecen: Cuba y Kennedy, guerras feroces en Indochina y Corea, violencia racial en Estados Unidos, guerrilleros en la América hispana, Africa en ebullición... El mundo entero ofrecía aspectos desoladores.

Tampoco el horizonte nacional se abría a manifestaciones de esperanza optimista inmediata. Existía inquietud ante el ingreso en la C.E.E., la reunión de Múnich, atentados y huelgas turbaban los «25 años de paz». En el áspero

correr de las vidas humanas aparecieron traumatizadas sus más caras vivencias. Ni en ambientes internacionales vacilantes ni propios, florecían aspectos que condujeran a un desafío de promociones, a ensalzar la convivencia de los españoles y a la serena paz de sus propios ciudadanos.

Y es en el año 1946, con tan tormentosas visiones político-sociales cuando, preconizado Monseñor Olaechea para ocupar la archidiócesis valentina, hace su entrada en ella pocos meses después. Durante veinte años la regirá con pulso firme, visión certera y actuaciones imborrables, por oportunas.

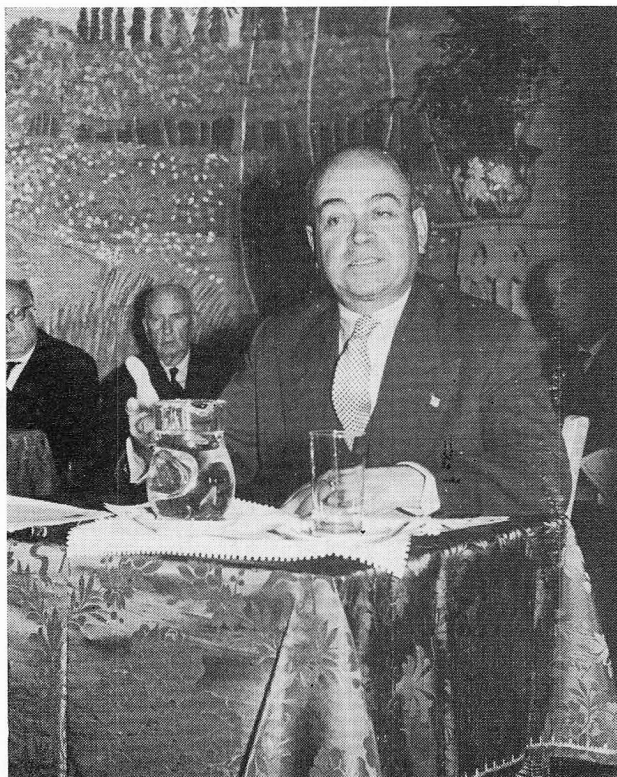
Tuve el gusto de conocer a Monseñor cuando, joven obispo, en el sencillo colegio salesiano de la ronda madrileña de Atocha —suburbio desgarrado ayer, hoy con importante centro de artes gráficas—, marchaba a ocupar la diócesis navarra de Pamplona. De él, de su figura, dos notas me sedujeron al pronto: el encanto de su palabra amable y acogedora, y su sonrisa, incitante, atractiva. Dos grandes hitos para favorecer la convivencia grata y cualquier apostolado que se desea profundo y fértil, ahincado en raíces hondas, con destello de ramas amables, amplias y gozosas, resistiendo en sus ondulaciones, el empuje de los más dispares vientos humanos, ¡tan complejos!...

Fue don Marcelino, aquí, en la Valencia triste y preocupada, aquello que me pareció percibir una mañana salesiana en el casi ya acabado suburbio madrileño.

Con el fin de no divagar, afirmaré que pronto supo trazar —corazón sensible, voluntad poderosa y firme—, un itinerario de futuro que iba a seguir las huellas de su santo —y nuestro—, Patrón magnificante: Dom Bosco, lumbrera del siglo XIX y ya, para siempre, de los posteriores. Corazón de padre y palabra de hermano. ¡Buena divisa para tiempos malos!

Así fue, desde el primer momento don Marcelino: voz y acción; orar y laborar bajo signos sensibles de superadoras dificultades, en el tiempo y sobre la pasiva inercia de muchas resistencias inconcebibles e inexplicables.

Don Alfonso Iniesta, Inspector de EGB, colaborador de periódicos y revistas y autor de numerosos libros, siempre estuvo al servicio de la Asociación Católica de Maestros



Otras plumas más autorizadas podrán señalar y discutir mejor y al por menor relatos y concretas actuaciones. Por mi parte, desarrollando mis deberes profesionales, aquel entonces en tierras madrileñas, prefiero recoger espumas sobresalientes de lo que en parciales ocasiones pude observar y lo que publicaron órganos de prensa y voces amigas me contaron. Así, mis palabras se sientan en hechos certeros y queda el fino rumor volandero para cantar en otras palabras, episodios que menos conozco.

Me parece que acierto plenamente si señalo en las actividades de Marcelino Olaechea bloques sugestivos de los que extraigo seis rutas esenciales y claras, asequibles a mis conocimientos:

- valencianía en su modo de ser y manifestarse,
- afecto al maestro de escuela,
- esperanza en el poder de la educación,
- popularidad en sus intervenciones, que no popularidad demagógica, de corte socioreligioso permanente,
- la escuela de enfermeras,
- AMOR, en síntesis.

Puedo señalar hechos concretos: las viviendas construidas y entregadas a bajísimos alquileres en Játiva, Torrente, Serra, Sueca, Catarroja, Villanueva de Castellón y Benimámet; la Tómbola, que alcanzó cimas populares; el Patronato escolar diocesano; el establecimiento de El Día del Maestro, extendido por toda España y el conjunto deportivo de la playa de Benimar.

Quedan otras facetas, de aspecto y corte particular e íntimo, por religiosas, más personales e inéditas.

Cualquiera de las seis rutas presenta ciclos singulares y atractivos para considerarlos con escrupulosa detención. De todas ellas surgen valores y vibraciones de un corazón que supo amar a sus diocesanos y quiso paliar sus dolores y mantener, en tensión constante un ritmo de claras, confortadoras esperanzas cristianas. Por mis amores, predilecciones y obligaciones, señalaría con especialísima preferencia la creación por Marcelino Olaechea de EL DÍA DEL MAESTRO y su especial empeño en crear y lograr el buen funcionamiento de las escuelas.

Remediar males íntimos de naturaleza espiritual, atenuar sus repercusiones de orden físico es siempre fina obra preclara que el Señor coloca sobre la frente, al amparo, gozo, responsabilidad y sufrimiento de personalidades escogidas. Juan Bosco, a través de años de esfuerzos permanentes y personales sacrificios, mantuvo sin duda viva la tensión de nuestro Arzobispo.

Así fue como veo, en mis muchas limitaciones, cómo rigió la diócesis durante veinte años Marcelino Olaechea. Creo que fue mucho y bueno lo por él conseguido. Con la

acción fecunda, la voz acogedora, el gesto amable, la simpatía campechana del mejor valencianismo gozoso y social; de ruido y hechos, de aplauso, canto y trabajo; de amor a la Virgen, Madre y amparadora nuestra. En la Valencia barroca y dinámica, bulliciosa, sensible y festiva, creadora y artista no se puede llegar con el frío bisturí de los hechos analíticos o las encuestas amañadas, al cálido sentimiento popular.

El 21 de septiembre de 1972 don Marcelino Olaechea entregó su alma al Señor. Una huella de amor apostólico y buen hacer salesiano señalarán siempre su paso y acciones creadoras por la archidiócesis valenciana.

Alfonso Iniesta

Inspector de E.G.B., ex consejero
nacional de Educación

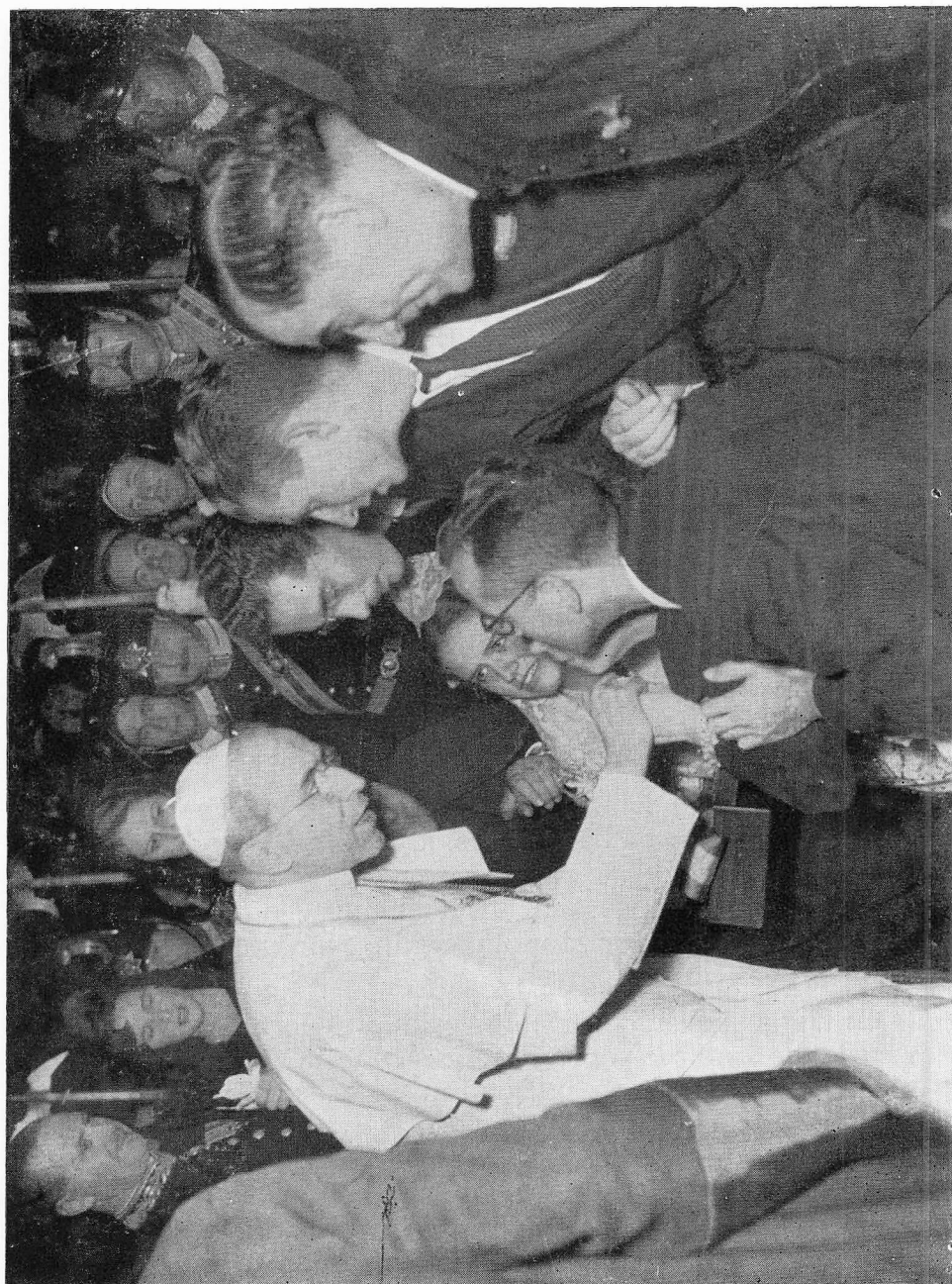
DÓN MARCELINO Y ACCION CATOLICA DE LOS HOMBRES

Cuando el señor Arzobispo, D. Marcelino Olaechea, vino a regir la Diócesis, la Acción Católica estaba completamente organizada según las disposiciones entonces vigentes; puede afirmarse que toda ella, con las adaptaciones a la edad o sexo, basaban su actuación en la consigna que Pío XII diera a los Jóvenes «Piedad, Estudio y Acción».

El señor Arzobispo preocupado y amante de la Acción Católica mostró hacia ella una gran dedicación que quedó demostrada con la asistencia no sólo a los actos más importantes sino también a aquellos otros en que volcaba su corazón y orientaciones.

Fue tal su preocupación que, dadas las atenciones que requería la Diócesis, confió a su obispo auxiliar, don Jacinto Argaya, la misión de atender de manera especial a la Acción Católica. El señor Obispo recogió con prontitud este encargo y se desveló por atender a la Acción Católica en sus Ramas y Junta Diocesana hasta el límite de sus fuerzas, impulsándola y vigorizándola según eran los deseos del señor Arzobispo.

Enunciar los actos principales que tuvieron lugar es imposible, porque fue sobre todo la savia que infundió en sus miembros para que la inyectaran en la sociedad. Aún así podemos recordar los Ejercicios Espirituales que dirigió, su desvelo por el proceso de los Mártires de la Acción Católica, la creación del grupo de Propagandistas en acto recogido llenó de espiritualidad, y como lo más vistoso la celebración de las Bodas de Plata de la Junta Diocesana



Pío XII recibe a 500 peregrinos valencianos con motivo del Año Santo en 1950

con los actos importantes cuya culminación fue el acto de entusiasmo y multitudinario celebrado en la Plaza de Toros.

Mas tuvo el señor Arzobispo algo que me atrevería a llamar «don del discernimiento», al ir creando la multitud de Obras que requerían las necesidades de la Diócesis: Banco Nuestra Señora de los Desamparados, Benimar, Escuela de Enfermeras, Ayuda a Conventos de Religiosas de Clausura, Grupos de Viviendas, etc., y para dirigir las fue buscando entre los miembros de Acción Católica que reunían las condiciones que D. Marcelino deseaba.

Con ello la Acción Católica cumplía su «acción» realizando no sólo las suyas concretas, sino también en aquellas otras creadas e impulsadas por el señor Arzobispo; con ello se realizó la gran finalidad de la Acción Católica, servir a la Iglesia según ella quería ser servida.

Estas son algunas pinceladas de la atención que el señor Arzobispo D. Marcelino prestó a la Acción Católica a la que supo vigorizar y hacer patentes los frutos que se podían esperar.

José Cogollos

ACCION CATOLICA. RAMA FEMENINA

Siempre es grato recordar efemérides, y cuando éstas hacen referencia a figuras tan insignes como la del excelentísimo y reverendísimo señor Arzobispo que fue de Valencia, D. Marcelino Olaechea Loizaga, no sólo es grato, sino edificante.

Durante los tres cursos que presidí el Consejo Diocesano de las Jóvenes de Acción Católica, fueron muchas las veces que mantuve conversaciones con el señor Arzobispo, unas a presentarle programas y pedir consejo y ayuda, otras a invitarle a actos, y otras a pedir su colaboración, sus palabras, su aliento para las jóvenes de nuestra Diócesis. Siempre fui bien recibida, es más, hay que agradecer, no sólo al señor Arzobispo, sino al muy ilustre señor don Joaquín Mestre, entonces familiar del señor Arzobispo, la bondad con que accedía a mi deseo, y entre el inmenso trabajo que el señor Arzobispo tenía, siempre había un hueco, para la Presidenta de las Jóvenes de Acción Católica.

Y ¿qué reseñaré como más importante? En el espacio pequeño que tengo sólo puedo espigar, y así quiero espigar entre lo mejor. Y lo mejor fueron siempre nuestras Propagandistas. Jóvenes llenas de amor a Dios, de espíritu apostólico y de entrega, puesto que las parroquias, los actos de Propaganda, el fuego de las Jóvenes de Acción Católica de la Diócesis en suma, era mantenido por ellas. Las Propagandistas recibían un galardón: «El Crucifijo» después de especial preparación. La entrega de crucifijos siempre fue en Palacio Arzobispal, de manos del señor Arzobispo, y las palabras que nos dirigía como a Misioneras, no allende

los mares, sino aquí dentro de nuestras fronteras, eran de estímulo y valor para cumplir nuestra misión.

Como acto más multitudinario durante mi mandato, fue la Peregrinación de las Jóvenes al Puig de Santa María. Peregrinación Mariana y Penitencial. Asistieron más de cinco mil jóvenes. Aquel domingo del mes de mayo de 1951. La clausura de esta Peregrinación, por la tarde, fue presidida por el excelentísimo y reverendísimo señor Arzobispo. Asistieron muchos, muchos sacerdotes. Nuestro Consiliario Diocesano, D. Benjamín Civera, que con su palabra cálida y vibrante nos decía: «Jóvenes valencianas como el Rey Jaime I, por Dios y Santa María a la conquista de Valencia» y las no menos emocionantes del señor Arzobispo que, ante la explanada llena de juventud, de banderas blancas, de caras alegres y sonrientes, de espíritus dispuestos a recibir para dar, nos proponía como meta e ideal de la vida, «la santidad». ¿En cuántos corazones quedaron prendidas sus palabras? Acaso aquellas cinco mil jóvenes que entonábamos con fervor: «Tomad Virgen Pura nuestros corazones...» ¿no habremos ido dando por el mundo chispazos de amor?

Recuerdo también las conferencias que en verano, mes de junio de 1950, nos dio el señor Arzobispo, en el amplio patio de sesiones de la Exposición Nacional Catequística, repleto de jóvenes. Allí nos dio consignas cristianas para la vida, para las vacaciones, deporte, diversiones, vestidos, modas, etc., es decir: La «silueta» de la joven cristiana.

Y qué decir de la magna Peregrinación a Roma, presidida por el señor Arzobispo, con motivo del Año Santo, en octubre de 1950. ¿Quién no recuerda aquellos inolvidables días? La audiencia del Santo Padre Su Santidad Pío XII, sus palabras a los valencianos ...«que con su fervor y sincera piedad Nos han manifestado sobre todo la Fe intachable de aquella región privilegiada...».

Complemento de este viaje a Roma fue, entre otras cosas, la audiencia que nos concedió el Cardenal Tedeschine, quien fue Nuncio Apostólico en nuestra Patria y que fue



Solemne bendición de la colosal imagen de la Virgen de los Desamparados destinada a presidir el sueño de sus hijos en el Cementerio General de Valencia

consagrante del señor Arzobispo cuando fue elevado a la dignidad episcopal y que a las jóvenes nos dijo que «éramos la esperanza del Papa»... «que la Iglesia nos necesitaba»...

La reseña se hace muy larga, el papel se agota, pero aún queda más, mucho más de lo que el señor Arzobispo hizo por las Jóvenes de Acción Católica, Cursillos, Asambleas Diocesanas y Arciprestales, Ejercicios Espirituales... Así

fue, en efecto, y en marzo-abril de 1950 dirigió una Tanda de Ejercicios del Consejo y Presidentas, actos con motivo del XXV aniversario de la fundación de la Rama de las Jóvenes de Acción Católica en España... Finalmente como última reseña la inauguración de la Capilla del Consejo, consagración del nuevo altar y bendición del oratorio e imagen de la Virgen. Recuerdos inolvidables, pues penetraron íntimamente en nuestro corazón.

Hoy, con la perspectiva del tiempo pasada, con la juventud cambiada por edad adulta, el agradecimiento al señor Arzobispo y a cuantos sacerdotes nos orientaron es doblemente grande.

1.º de noviembre de 1988, XXXVIII Aniversario del Dogma de la Asunción de María.

Concepción Sánchez

CASAS PARA OBREROS Y ESCUELAS

Cuando en el año 1946 llega D. Marcelino a Valencia las heridas de nuestra guerra civil permanecen abiertas en el seno de muchas familias. Valencia, última estancia del Gobierno Republicano, había sido refugio de gentes que, en el fragor de la contienda, habían huido de las líneas avanzadas de la lucha en busca de mayor tranquilidad.

Eran familias que habían abandonado sus hogares a los que ya no podían volver, porque se habían destruido por los bombardeos durante la lucha.

El cauce del río se llenaba de inmundas viviendas donde, a la par que aquellas familias, albergaba toda suerte de miserias e incomodidades.

El corazón generoso de D. Marcelino no podía permanecer ajeno a tantas desgracias y pronto quiso contactar con aquellas gentes visitando frecuentemente los comedores improvisados, así como las chabolas del río, escuchando pacientemente a aquellas pobres personas que se desahogaban contándole sus propias historias:

«Vivíamos felices —decían— mi marido cuidaba de unas tierras de labor, pero murió en el frente. Ahora qué será de mis hijos...»

«Madrid era un infierno durante la lucha y nos trajeron a Valencia. Ahora ya ve nuestra situación...»

Los niños jugaban mezclándose con la tierra y Don Marcelino seguía escuchando parecidas historias acompañadas de ojos penetrantes cuyas miradas se clavaban en el rostro del señor Arzobispo llenas de angustia, en demanda de ayuda y de caridad. Don Marcelino con infinita tris-

teza y el corazón oprimido se refugiaba en sus modestas habitaciones instaladas en el ático del Palacio, donde vivía, lamentando la escasez de medios económicos y pidiendo al Señor que le ayudara a liberar a aquellas gentes de tan espantosa miseria.

Y Dios le ayudó llevando a su corazón y a su mente una frase que tanto le gustaba repetir: «Yo haré lo que deba aunque deba lo que haga», frase que cumplió lanzándose a tumba abierta, con una valentía asombrosa, a conseguir los fondos necesarios para su empresa.

La actividad desplegada en los inicios de su obra fue extraordinaria. Llamó a las puertas, yo diría que a los corazones de las personas puidientes en demanda de ayudas y pronto se entrevista con el abogado Vicente Pons y con el arquitecto Pablo Soler para decirles que necesitaba urgentemente solares y junto a ellos los planos para empezar a edificar.

Salieron de la entrevista asombrados de tanta urgencia y pensando de dónde sacaría el dinero para llevar a cabo el importante proyecto que iniciaba. El señor Arzobispo tampoco lo sabía, pero él seguía fielmente la máxima aludida: «Yo haré lo que deba...»

Dos meses después de la entrevista ya se tenían solares y habían comenzado las obras. Don Marcelino las visitaba casi a diario recomendando que antes que llegaran los primeros inquilinos estuvieran edificadas las escuelas para que los chicos no perdieran un solo día de clase. Luego —decía— ya haremos la iglesia.

La creación de la Tómbola fue una ayuda económica importantísima y los acreedores fueron tranquilizándose al comprobar que los beneficios servían íntegramente para pagar las deudas contraídas.

Describir los grandes sacrificios que realizaron los colaboradores de esta importante obra es una labor imposible por lo que en representación de todos ellos, nos limitaremos a consignar los nombres de

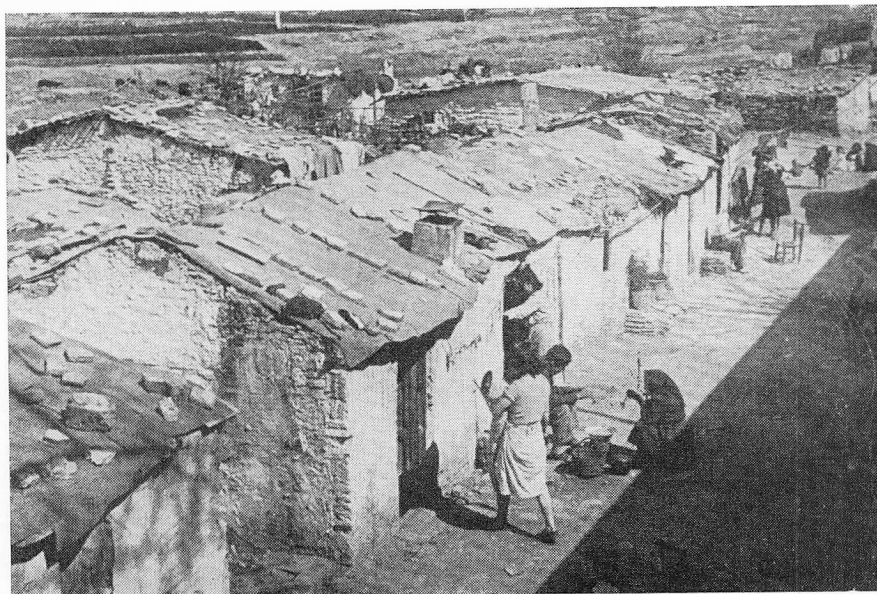
Don José Lasaga
 Don Rafael Lucía
 Don José María Haro
 Don Manuel Cortés
 Doña Elena Arnal

y otros que colaboraron también en otras importantes realizaciones de nuestro Prelado.

Pero terminemos porque las cifras que siguen son mucho más elocuentes que cuanto podamos escribir.

Viviendas construidas en Valencia

• Grupo San Marcelino (Zona Cruz Cubierta): 4 manzanas con un total de 525 viviendas y locales comerciales	525
• Iglesia parroquial y vivienda para el párroco.	
• Escuela para 300 alumnos ocupando la manzana entera. Patios de deportes.	
• Grupo Tendetes (junto a inicio de carretera de Burjassot).	
— 159 viviendas y locales comerciales	159
— Escuelas para 100 alumnos.	
• Grupo de Patraix (junto al antiguo manicomio)	
— 272 viviendas y locales comerciales	272
— Escuelas para 150 alumnos y patios de deportes.	
• Grupo de Rosales (en Benicalap).	
— Viviendas y locales comerciales	99
• Grupo Virgen del Puig (entre carreteras de Burjassot y Barcelona).	
— Viviendas y locales comerciales	99
— Escuelas para 50 alumnos.	
TOTAL VIVIENDAS CONSTRUIDAS EN VALENCIA	1.113



Perspectiva de las chabolas existentes en el cauce del Turia, hasta la riada de 1949

Viviendas en distintas poblaciones

Serra	11
Villanueva de Castellón	30
Sueca	22
Játiva	132
Benisa	50
Torrente	144
Catarroja	8
	<hr/>
Total provincia	397

TOTALES:

— Viviendas en Valencia	1.113
— Viviendas en distintas poblaciones	397
	<hr/>
TOTAL	1.510

Nota: Los inquilinos adquieren la propiedad a los 40 años, y, aunque en un principio los alquileres eran mucho más reducidos hoy pagan entre 113 y 220 pesetas al mes según la capacidad y ubicación de las viviendas.

Precisamente este año la mayoría de los inquilinos acceden a la propiedad pagando solamente estos alquileres.

Pascual de Pablo

**DISPENSARIO DE NUESTRA SEÑORA
DE LOS DESAMPARADOS.
ESCUELA DE ENFERMERAS**

Corría la década de los 40. Nuestra contienda había dejado trágicas huellas en Valencia y el corazón de nuestro Prelado no descansaba buscando remedio para todas ellas.

Como florecientes retoños iban naciendo de su alma caritativa, proyectos para aliviar tantas y tantas necesidades.

Y así iban surgiendo una tras otra las realizaciones que mitigaban las miserias de los grupos más necesitados: viviendas dignas para obreros y familias que habitaban en chabolas con las correspondientes Escuelas primarias, gran número de Escuelas Parroquiales que funcionaban bajo las normas de la Inspección del Arzobispado, colonias de verano, etc. Grande fue también el impulso que dio a las cuatro Ramas de Acción Católica, así como a todas las agrupaciones cuya misión era fomentar la religión, la caridad o la enseñanza.

El Estado se esforzaba en aquellos años en atender tantos problemas y tantas necesidades. Era de imperiosa necesidad socorrer a muchas familias cuyos medios no les permitía procurarse asistencia médica. No podía el Gobierno solucionar tantos problemas, y ante la gravedad de los mismos crea la Asistencia Sanitaria cuyos servicios resultaban insuficientes.

Las voces de los grupos marginados en demanda de auxilio llegaron a los oídos de nuestro amadísimo Prelado, cuyo corazón no le permitió desentenderse de tan grave

problema, por lo que no tardó en poner su habitual dinamismo al servicio de aquellas familias necesitadas.

Las iniciativas del señor Arzobispo daban los resultados apetecidos porque sabía rodearse de personas competentes que se entregaban de lleno a los fines apostólicos y caritativos que él perseguía.

En este caso llamó, para pedirle consejo y ayuda, a un joven médico que por aquel entonces ya comenzaba a ser conocido en Valencia como destacado profesional: D. Sandalio Miguel quien, tras una larga conversación con nuestro Prelado, se hace cargo de la organización y dirección del dispensario de Nuestra Señora de los Desamparados.

El doctor don Sandalio Miguel eligió a un grupo de especialistas médicos que acogieron con entusiasmo el proyecto de nuestro Prelado y se comprometieron a prestar servicios en el dispensario con absoluto desinterés. Era el mejor obsequio que podían hacer al señor Arzobispo, quien pone a su vez en movimiento su poder persuasivo para despertar la Caridad en los corazones de los católicos especialmente de los que contaban con medios económicos. Y al fin llega la solemne inauguración del Dispensario instalado en la calle de Jesús y dotado de material sanitario moderno sin que faltara el menor detalle. El comentario era unánime. ¿Cómo es posible que nuestro amado Prelado que vive modestamente en una buhardilla de Palacio, haya conseguido los medios para adquirir todo este material? Y alguien repetía la frase que el señor Arzobispo decía con frecuencia: «Yo haré lo que deba aunque deba lo que haga».

El dispensario fue un completo éxito. Los médicos atendían a las familias con auténtica caridad cristiana.

Mas nuestro Prelado quiere que todos los que prestan servicios en el Centro, además de su perfección profesional, participen al máximo del espíritu de caridad cristiana que preside todas las actividades del dispensario. Y a tal fin lleva a cabo la creación de la Escuela de Enfermeras nombrando director al doctor don Leopoldo López, que desarrolla su labor con tal acierto que las peticiones de



Promoción de ATS del año 1956 con el Santo Padre Pío XII

ingreso siempre eran superiores a las plazas de que se disponían. Actualmente sigue funcionando con el mismo espíritu que se creó.

Al hablar de la Escuela de Enfermeras es de justicia destacar los nombres de dos personas que dedicaron el sacrificio de sus vidas a la organización y funcionamiento de la Escuela. Son sus nombres Ana Balaguer y Lucía Alamán. Lucía no hace mucho entregó su espíritu al Creador, pero ambos nombres permanecen vivos en los corazones de los católicos valencianos de aquella época.

Aunque omita mi nombre, por no ser necesario, no debo silenciar por deber de gratitud, un hecho que me afecta directamente.

Cursó estudios en la Escuela una de mis hijas, y, tras

obtener el título de Ayudante Técnico Sanitario, ya colocada, amplió estudios y actualmente presta sus servicios en un centro nacional de su especialidad.

Sus deberes profesionales los cumple a la perfección, goza del cariño de sus compañeros y superiores y sobre todo de los enfermos por su conducta moral y religiosa. Estas virtudes ejemplares, de las cuales me enorgullezco, he de decir que las debe principalmente a la formación recibida en la Escuela de Enfermeras y en especial a su fundador, el excelentísimo y reverendísimo señor don Marcelino Olaechea y Loizaga, arzobispo de Valencia.

Un padre católico agradecido

**LA ESCOLANIA DE LA VIRGEN
FRUTO DE LA DEVOCION DE DON MARCELINO
OLAECHEA**

Estoy plenamente convencido que el tiempo ayuda a valorar en su justa medida a las personas que han dejado con sus obras una huella indeleble de su paso por la vida; porque en definitiva son ellas las que instalan en la pequeña o gran historia de la humanidad a los protagonistas. Este es el caso de D. Marcelino, arzobispo de Valencia, que ya en su tiempo gozó de una gran popularidad y fue tenido en gran estima y respeto por sus feligreses. A medida que va pasando el tiempo nos damos cuenta de la magnitud de su obra.

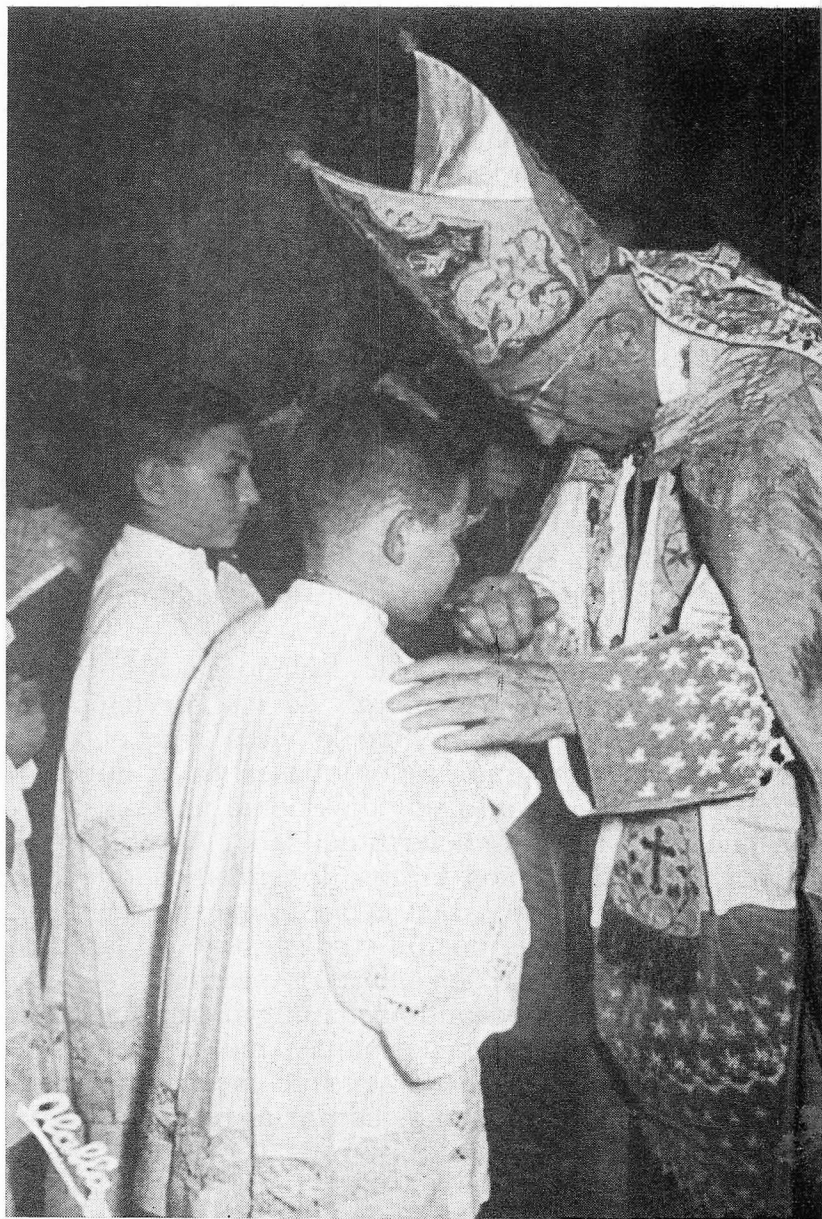
Fui testigo de excepción de una de ellas: la Escolanía de Nuestra Señora de los Desamparados. Por eso supone para mí, más que un deber, que sin duda lo es, un alto honor dar testimonio del interés y cariño que puso en esta institución, y de cómo supo entusiasrnarnos a los que desde el principio compartimos la responsabilidad de darle vida.

Desde que llegó a Valencia, año 1946, mostró una especialísima devoción a la Mare de Deu dels Desamparats. Su pectoral depositado a los pies de la Virgen el mismo día de su entrada en Valencia era el símbolo evidente de su amor a la Mareta. Esto explica que concibiera la idea de dar aún más solemnidad al culto en la Real Basílica. Cirios y flores son sin duda unas bellas ofrendas para manifestar la devoción de un pueblo; pero D. Marcelino se dio cuenta que este pueblo se expresa maravillosamente con la música, y ¿quién mejor que los niños con sus voces blancas para

ofrendar a la Madre en nombre de todo el Reino de Valencia su filial devoción?

Sucede con frecuencia que las más bellas ideas, los más ilusionados proyectos se vienen al olvido porque exigen cuantiosos dispendios y no prometen compensaciones económicas posteriores. No era D. Marcelino persona quien le disuadiese o enfriase el ánimo el aspecto material, que necesariamente conlleva toda obra humana. Sin duda pensaba que el rendimiento de esta obra iba a compensar sobradamente cualquier sacrificio económico. Contaba además con una habilidad especial para contagiar entusiasmo; sabía elegir a las personas adecuadas y además resultaba muy difícil negarle algo cuando de una manera *sui generis* —que en modo alguno era imposición— te decía lo que esperaba de ti. A pesar de todo, la idea de la fundación de la Escolanía como obra destinada a tener luz propia dentro de la Archidiócesis, es decir: calidad artística y permanencia en el tiempo, parecía un empeño poco viable. Si el coro se concebía como una ofrenda artística de todo el Antiguo Reino de Valencia suponía que los niños que lo formasen podrían proceder de cualquier población de Alicante, Castellón y Valencia. Por consiguiente era indispensable una residencia próxima a la Basílica que contara además con las instalaciones necesarias para escolarizar a unos niños que junto a una cuidada formación musical recibieran la educación primaria propia de su edad y en las mejores condiciones.

La infraestructura adecuada iba a suponer unos gastos considerables; pero además el mantenimiento continuado no debía cargarse a los padres de los niños, pues esta medida limitaría necesariamente el número de aspirantes, condicionando la procedencia de los mismos a una clase social acomodada. Conviene recordar que esto tenía lugar en la década de los cincuenta y apenas si se iniciaba el despegue económico de España. Jamás habría consentido D. Marcelino que se excluyera a un niño con aptitudes para el canto por motivos económicos. El tener un hijo escolán supondría para los padres un honor, nunca una carga econó-



Presentación oficial de la Escolanía de Nuestra Señora de los Desamparados

mica angustiosa. De ahí que en los estatutos fundacionales se hiciera constar que el medio pensionado sería totalmente gratuito, así como las clases musicales; y para los que necesitaran el internado se establece una cuota muy por debajo del coste real e incluso en casos debidamente justificados también sería gratuito.

Nada dejó a la improvisación. El edificio destinado a servir de residencia a la Escolanía sería el antiguo caserón del Seminario en Trinitarios, 3, debidamente acondicionadas algunas de sus dependencias. El proyecto sufrió un imprevisto retraso a causa del azote de la riada del 57. D. Marcelino se volcó en la ayuda de los damnificados y Trinitarios 3, sirvió de albergue a los que se habían quedado sin hogar. Cuando pasados unos meses todo volvió a la normalidad, sus más directos colaboradores: Rvdos. D. Joaquín Mestre, D. José Estellés, Director de la Escolanía, y D. Vicente Chuliá, organista de la Basílica y preparador musical de los niños, se entregaron denodadamente a poner en marcha la Escolanía.

Una pequeña comunidad de Religiosas Franciscanas del Buen Consejo se hacía cargo de los servicios de la residencia y empezó a poner en la vieja casa el aire de hogar necesario para unos niños que en buen número lo tendrían como tal durante seis días como mínimo a la semana. Fue este otro gran acierto del señor Arzobispo. Han transcurrido treinta años largos, los mismos que ahora tiene la Escolanía, desde que estas religiosas se hicieran cargo de tan sacrificada misión y soy testigo de la entrega y cariño que han puesto en ella. Los pequeños —ocho o nueve años— que van llegando cada nuevo curso a la Escolanía encuentran en estas hermanas, mejor madres, esa caricia materna que les hace sentirse menos incómodos. ¡Qué bellas anécdotas podemos contar al respecto los antiguos alumnos!

En marzo de 1958 se incorporaron los niños que formarían el coro inicial. En septiembre del mismo año se inició el que habría de ser el primer curso oficial de la Institución. ¡Con qué interés iba siguiendo D. Marcelino el

proceso de formación! No quería precipitaciones. Sabía que había expectación por ver actuar a la Escolanía; su presentación oficial debía causar una buena impresión, y se eligió la víspera de la Inmaculada —fecha mariana por excelencia— para dar a conocer al público esta ofrenda, más valiosa que la floral sin duda alguna, que se presentaba a la Virgen por toda la «Terra Levantina».

No voy a extenderme en narrar con detalle la solemnidad, la brillantez del acto de inauguración. La Real Basílica tenía el aspecto de las grandes solemnidades. Presidía el acto el excelentísimo y reverendísimo doctor Olaechea —por esta vez no quiere omitir el tratamiento protocolario—, el señor Gobernador Civil, Ayuntamiento y Diputación en corporación; el rector de la Universidad y cuantas jerarquías religiosas y civiles conforman la vida de una comunidad, así como representaciones de entidades artísticas y culturales. El concierto fue sin duda un éxito artístico y así lo hicieron constar en los medios de comunicación los entendidos. El diario «ABC» dedicaría la portada del día 10 a la inauguración de la Escolanía. La prensa local dedicó bellas páginas al acontecimiento, y de esta manera terminaba el Dr. Arturo Monleón su crónica: «En fin, un sillar más en el místico monumento que Valencia levanta a su Patrona, la Madre de los Desamparados, y un motivo más de reconocimiento y gratitud en la grey valentina para con su celosísimo e incansable Pastor.»

En mi modesta opinión el acto en sí, y la Escolanía como tal, tenía varias lecturas: la principal, por supuesto, era que a partir de aquel día el culto en la Basílica de la Virgen iba a crecer en solemnidad; que la existencia de esta Escolanía era el homenaje al Arzobispo Olaechea; un compromiso para todos los que en los distintos campos asumíamos el deber de servirla; medio para descubrir y fomentar vocaciones musicales, como efectivamente se ha evidenciado en estos treinta años, y, por último, un reto para quienes por imperativo del tiempo tengan que ir tomando el relevo de los que la iniciamos.

Las múltiples actividades que ocupaban el tiempo de

D. Marcelino, no constituyeron impedimento para hacerse presente en la Escolanía. Puedo asegurar que disfrutaba entre los niños. Si su llegada coincidía con el recreo en el patio, los niños corrían a su encuentro; él abría su capa arzobispal y les acogía paternalmente mientras bromeaba con ellos. Que era el final de unos ejercicios espirituales, allí se presentaba para cambiar impresiones con los sacerdotes y con los niños. Que era día de excursión..., a la hora de la comida acudía para estar con los niños, hablar con los responsables de su formación, dar ánimos. Cuando se encontraba entre niños y profesores salía el salesiano que siempre llevó dentro.

Alguien podría pensar que esta actitud hacia los niños de «su» Escolanía era comprensible. Más de una vez tuve ocasión de observar al querido D. Marcelino entre los niños que se encontraban en Trinitarios para partir a las Colonias de Vena, otra de las obras asistenciales que acogían todos los veranos a un tres mil niños de condición humilde, y uno comprendía a lo vivo aquello del Evangelio de ser como niños y tener acceso al Reino de los Cielos.

¡Cuántas cosas hermosas se podrían contar de este hombre sencillo, activo, comunicativo y lleno de la sabiduría que emana del Espíritu Santo! Bien se le podrían aplicar las palabras del Eclesiástico: «En su vida fue restaurada la casa y en su días fue consolidado el templo... Como verde olivo cargado de frutos, como ciprés que se alza hasta las nubes...»

Felipe Pastor Cañas

LA TOMBOLA DE LA VIRGEN

Una faceta muy entrañable de nuestro querido D. Marcelino fue su atención y mimo, con el que trató siempre a todos sus colaboradores.

Las cuatro Ramas de Acción Católica, que a la más leve insinuación del Prelado, de la necesidad de conseguir medios económicos para comenzar la gran obra de construir viviendas dignas para obreros y empleados, que vivían en condiciones infrahumanas, todos a una se volcaron en la Tómbola de Caridad, dando su tiempo y trabajo, muchas veces agotador.

Pero a este trabajo, duro y silencioso, no le faltó nunca la sombra confortadora y agradecida del Prelado, que con su presencia y palabras de alientos, hacía que la tarea fuera menos dura.

Comenzó la Tómbola, pequeña y sin pretensiones, en un rinconcito del gran solar central de la Plaza de la Reina, junto a un local comercial vacío, donde se distribuían los regalos. Las jornadas de trabajo, ya descritas en otras líneas de este libro, eran, dentro de muy agradables, duras y sacrificadas (había noches que la jornada finalizaba a las 3 de la madrugada, abriéndose al día siguiente a las 10 de la mañana)... Siempre la presencia, cariñosa y alentadora de D. Marcelino, suavizaba este trabajo...

Esta iniciación de la Tómbola fue un éxito por lo que se pidió su ampliación. Entonces apareció, primero, en el centro del solar de dicha plaza, para luego trasladarse a la significativa Plaza de la Virgen, bajo cuya advocación esta-



El Sr. Arzobispo vendiendo boletos en la tómbola de la Virgen de los Desamparados

ba dedicada la Tómbola de Caridad de la Virgen de los Desamparados.

El trabajo se multiplicó... Entonces el Prelado abrió las puertas de Palacio, para que en él se instalaran los locales de trabajo, organización y preparación de dicha Tómbola, alargando además, su brazo, fuerte y vigoroso, con el nombramiento del reverendo don José Lasaga director de la misma.

Las horas de trabajo de las cuatro Ramas de Acción Católica, unidas y dirigidas por «D. José», se suavizaban enormemente, sintiendo tan cerca, «en su misma casa», la presencia de D. Marcelino, que siempre tenía unas palabras de aliento para todos.

Los que «vivimos y actuamos» en esta empresa, en la cual nuestro querido Arzobispo nos dio una gran lección de caridad y preocupación por los problemas del próji-

mo... a ejemplo de su padre San Juan Bosco, nos queda la vivencia de que nuestro esfuerzo no fue inútil, que nuestras horas de trabajo dieron frutos de caridad y que todos juntos, con D. Marcelino y «D. José» podemos repetir con el poeta... «Y al fin rendido quisiera, poder decir cuando muera; Señor, yo no traigo nada de cuanto tu amor me diera. Todo lo dejé en la arada en tiempo de sementera... Allí sembré mis ardores, vuelve tus ojos allí, que allí han quedado unas flores, de perfumes y de amores, y ellas te hablarán de mí.»

Elena Arnal

BENIMAR

Hace ya varios años, que el avance de la zona industrial hizo desaparecer la playa de la costa de Nazaret en donde estuvo ubicada la llamada «Escuela de Deportes de la Iglesia», mucho más conocida por el nombre de BENIMAR.

Su creación se debió a otra de las grandes ideas de aquel Arzobispo que tuvo Valencia, D. Marcelino Olaechea, que como buen salesiano tenía una gran preocupación por los jóvenes. Y los jóvenes de todos los tiempos, los de entonces y los actuales, lo que desean es un lugar en donde reunirse, en donde practicar deportes, en donde divertirse... Y, todo esto pudo hacerse en aquella época, gracias a que existía BENIMAR.

Aquel recinto fue para muchos jóvenes, la primera oportunidad para practicar deportes: baloncesto, tenis (deporte muy minoritario y selectivo en aquellos años), ping-pong..., etc. Recuerdo con gusto aquellos campeonatos que se organizaban cada temporada, y de donde salieron muchachas y muchachos que llegaron a campeones.

El mar de Benimar no era ciertamente muy bueno, ni muy limpio, a pesar de los esfuerzos que hacían por mantenerlo en condiciones, pese a ello, la gente acudía masivamente, sobre todo los días festivos. Porque un día en **Benimar** cubría muchas actividades: baño, sol, deportes, convivencia agradable y al atardecer, para los pequeños, aquellos festivos con payasos, cucañas y concursos que organizaba aquel buen Don Jesús, a quien recuerdo, siempre atareado y «sudoroso» cuidando de que todo marchase bien.

Las jóvenes que deseaban disfrutar de la playa sin ser molestadas por los «mirones», tenían en la zona de chicas de Benimar un lugar tranquilo en donde tomar el sol, unas instalaciones de duchas adecuadas y un solarium. Y los chicos también tenían su zona reservada. Entre las dos, la zona familiar, con salones, bar, restaurante. Cuántas veces se dieron allí comidas familiares, reuniones de amigos, en los años en que no era tan frecuente la práctica de comer fuera de casa. Y es que en Benimar, se estaba, realmente, como en casa.

Fue un lugar de encuentro de muchas familias numerosas valencianas. Las hermanas mayores, descansábamos al llegar a Benimar y saber, que cada uno de los hermanos, del mayor al más pequeño, encontraban la diversión adecuada a su edad. Los niños estaban seguros, si algún hecho especial requería la presencia de padres o familiares se acudía a Dirección y los altavoces emitían el aviso que se oía en cualquier rincón del recinto de Benimar. Los niños sabían que en Dirección eran siempre bien atendidos y la visitaban con frecuencia por cualquier motivo, como por ejemplo a llevar objetos abandonados... que casi siempre encontraban el dueño. Se invitaba entonces al niño a decir su nombre, y le agradecían su colaboración. A veces acudían en grupo, tres o cuatro juntos... Y el hecho de oírse por el altavoz, era un acontecimiento para los niños.

Recuerdo aspectos que ahora resultarían casi inconcebibles, como aquel «alquiler de bañadores», que uniformaba a quienes no lo poseían por no tener costumbre de acudir a la playa o a alguna desmemoriada que lo olvidaba en casa. Lo cierto es que en Benimar se podía disfrutar de todo, a cambio de unas pocas pesetas que se pagaban a la entrada o como socio.

Y no quiero dejar de citar el aspecto cultural. Muchos días, al atardecer se celebraban charlas interesantes, sesiones de cine, o exposiciones en las que participaban los propios socios artistas.

Recordar BENIMAR obliga a agradecer a D. Marcelino



Benimar, playa y Escuela de Deportes de la Iglesia

aquella magnífica obra y nos lleva a recordar también a las personas que acudimos allí y convivimos felices disfrutando de sus instalaciones y de su sano y agradable ambiente.

Valencia, 5 febrero 1988.

María Luisa Haro

LAS ESCUELAS SALESIANAS DE ALCOY

D. Marcelino Olaechea, visitador general de las Residencias y Colegios de su orden, frecuentaba la casa que los salesianos tienen en Campello, donde conoció e intimó con D. Vicente Gisbert, industrial de Alcoy. Este tenía seis hijos y al fallecer una de las hijas, don Vicente ofreció a D. Marcelino la dote que le correspondía para que la utilizara con fines apostólicos.

Existieron otros factores en la fundación de las Escuelas Salesianas de Alcoy. Primero fue un sacerdote ilustre —Mosén Jusep— que fundara el Patronato de la Juventud obrera. Después que un caballero ya nombrado, don Vicente Gisbert Juliá, comprendiera la orientación salesiana del Patronato y la apoyara. Y, finalmente, el enterarse D. Marcelino que un sacerdote de Alcoy sin medios económicos y con gran esfuerzo personal había creado un Patronato de la Juventud obrera en el que funcionaba una escuela de la que él era profesor, y a la que asistían alumnos de todas las clases sociales.

D. Marcelino advirtió una ocasión magnífica para emplear la limosna del generoso D. Vicente Gisbert. En 1925 se puso la primera piedra del actual colegio y en 1927 tuvo lugar la inauguración de las escuelas con un magnífico teatro que no ha dejado de funcionar hasta el punto de que en las representaciones del Belén de cada año toman parte obreros, personalidades de la población y algunas autoridades. Gracias a la generosidad de D. Vicente Gisbert y a las oraciones de dos de sus hijas, misioneras en la India, y a la clara visión apostólica y social del recordado D. Mar-



La Virgen de los Desamparados va a girar visita a sus hijos de Alicante

celino Olaechea y Loizaga Alcoy cuenta con esta institución ejemplar.

Roberto Campos

UN SALESIANO DISCIPULO DE D. MARCELINO

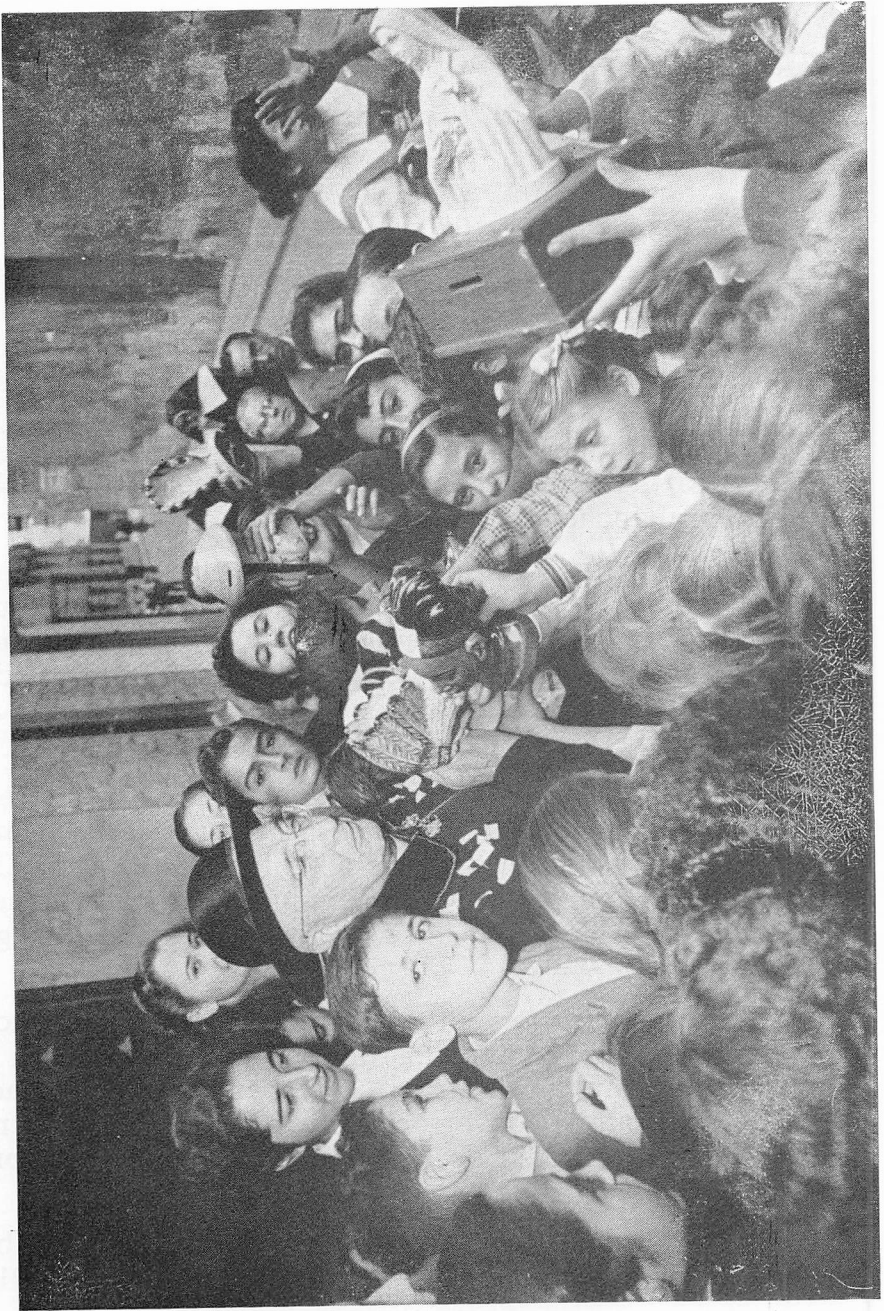
En plena búsqueda de colaboraciones de personas que convivieron con el señor Arzobispo o hubieran colaborado con él en algunas de las obras que creó, alguien nos dijo que en alguno de los Colegios que tienen los Salesianos en nuestra provincia residía un religioso que fue discípulo suyo en Carabanchel.

La búsqueda fue bastante laboriosa hasta que al fin, a través de una conferencia telefónica con la Residencia que los Padres Salesianos tienen en Campello, nos dijeron que estaba pasando unos días en el Colegio del Inmaculado Corazón de María que la Orden tiene establecido en el distrito de Ruzafa de Valencia.

Sin pérdida de tiempo comunicamos con él y concertamos día y hora para visitarle, cosa que hicimos con impaciencia, y tras una breve espera en la sala de visitas le vimos aparecer, quedando gratamente impresionados, pues a pesar de su avanzada edad se movía con bastante agilidad.

Desde el primer momento se apreciaba en él una sencilla austeridad que enmarcaba una conversación fluida y amena y una simpatía natural que despertaba afecto y admiración. Durante la conversación me acordaba de nuestro D. Marcelino y también de la Orden Salesiana, que sabía forjar personas del temple y el espíritu de ambos.

«Yo —dijo don Ricardo Nácher, que así se llamaba nuestro entrevistado— conocí a D. Marcelino el año 1919



y fui su discípulo en Carabanchel, donde se despertó mi vocación.»

«Nuestra Orden, como se sabe, posee en Madrid, en la barriada de Carabanchel, ya citado, un Centro de Enseñanza de primera magnitud, donde se cursaba Enseñanza Primaria, Formación Profesional, Estudios religiosos y también existía un noviciado de la Orden.»

«Por esas fechas llegó al Colegio un religioso joven y emprendedor que en sus clases, a las que yo asistía, conquistaba el afecto de sus alumnos. Su talento y su corazón abrían caminos fraternales hacia sus hermanos en Religión, los que al poco tiempo acuerdan nombrarle Director del Colegio.»

«Su prestigio trasciende y al poco tiempo había conquistado el afecto y la simpatía de toda la barriada, cosa que aprovecha para extender su acción apostólica estableciendo unas clases que impartía personalmente los domingos sobre Los Hechos de los Apóstoles, que eran muy concurridas.»

«El prestigio de D. Marcelino trasciende y es trasladado al centro de Madrid, donde continúa su intensa labor apostólica y educativa. La despedida en Carabanchel fue conmovedora, rubricada con abundantes lágrimas y abrazos.»

«No tardaron en llegar estas noticias al Nuncio de Su Santidad en Madrid y al tener que nombrar tres Visitadores de los Seminarios de toda España D. Marcelino es seleccionado para desempeñar tan delicada misión.»

«El Nuncio queda altamente satisfecho de sus servicios y le nombra Obispo, designándole para ocupar la Sede de Pamplona.»

«Estalla la Guerra civil y D. Marcelino se dedica enteramente a socorrer a las familias que sufren, sin establecer diferencias, y publica, además, Pastorales clamando por la paz y la comprensión en aquellos momentos de luchas y odios.»

Don Ricardo Nácher termina su relación con un ruego: que le mande un ejemplar del libro cuando se publique, cosa que haré personalmente con mucho gusto, pues me cautivó el encontrar en nuestra entrevista bastantes rasgos que me recordaban a D. Marcelino; y como el relato es enteramente suyo me tomo la licencia de poner su nombre al pie de este escrito.

Ricardo Nácher

¡...COMO SU PAÑUELO BLANCO...!

Escribir sobre Monseñor Olaechea, mi venerado señor Arzobispo, me resulta emocionante e imperativo a la vez que difícil. Me resulta emocionante e imperativo porque siempre sentí hacia él un respetuoso afecto y una gran admiración. Me resulta difícil porque por la premura del tiempo que me dan para hacerlo, las ideas y los sentimientos, como aguas torrenciales, pugnan por salir todos a un tiempo y se precipitan sin orden de prioridad, de cronología y tal vez de importancia. Yo desearía que estas ligeras pinceladas que no puedo dar a ese cuadro que sobre su figura quieren hacer otras personas, más autorizadas que yo, no fuesen de sombra, sino de luz, de esa luz suave que sabe proyectar el afecto y la admiración.

Antes de que tomase posesión del Arzobispado de Valencia yo ya lo conocía por referencia. Un hermano de mi padre, D. Severino Aznar, sociólogo católico como él, me hablaba muchas veces de este gran obispo que era a la vez gran sociólogo y gran maestro y me exaltaba sus grandes dotes humanas.

Cuando llegó a Valencia pude constatar personalmente todas aquellas referencias por sus hechos y por sus palabras. Pude ver, en Monseñor Olaechea, un gran Arzobispo, amante del maestro y de los niños. Lo admiré como sociólogo. Vibré emocionada con sus originales y simpáticas caridades, y me enfervoricé con sus actos eucarísticos y su amor mariano. ¡Su Amor Mariano!... Lo veo, en aquellas misas de Infantes que Valencia rinde a su Patrona, enarbolar su pañuelo blanco como bandera de paz, de amor y de alegría. ¡Su pañuelo blanco!... Pero, ¿por

qué no titular mi artículo con esta frase? No me es posible profundizar sus grandes hechos, pero puedo echar al aire como campanadas de gloria, como él echaba su pañuelo blanco, mis recuerdos, mis sentires y mis vivencias.

Como gran pedagogo lo puedo testificar al pertenecer yo a la Junta de Maestros Católicos. Vi como se desvivía por sus Maestros. Nos ayudó siempre económicamente y respaldó nuestra importancia social. El implantó el Día del Maestro que fue acogido en aquella época con gran cariño por padres, autoridades y estamentos sociales. ¡Cómo gozábamos los maestros en nuestras visitas a Palacio Arzobispal! Salíamos de ellas fortalecidos en nuestra vocación y orgullosos de nuestro Magisterio! Qué compenetrados y cómo se estimaban mutuamente él y nuestro primer Presidente, aquel gran maestro y alma de Dios que se llamó D. Vicente Hervás.

Conocí también por experiencia su amor a los niños. El organizó en aquellos tiempos precarios las primeras colonias escolares de verano para niños necesitados, no sólo necesitados de pan, sino de alegría y de paz. Salí yo, como maestra, en la primera expedición para Agullent. Agullent, el Pantano del Generalísimo, La Eliana, etc., fueron escenarios que se llenaron con la alegría de las canciones infantiles. Su consigna era: «Alimentarlos y dejar que respiren la fe y la alegría como sus pulmones respiran el oxígeno de la pinada».

Sus frecuentes visitas a sus niños de colonias eran remanso de gozo y de paz para él y de alegría bullanguera para los niños. Los maestros veíamos surgir ante nuestros ojos aquellas hermosas estampas evangélicas. «Dejad que los niños de acerquen a Mí.» También nos decía eso él cuando los pequeños le prodigaban su cariño desordenado. Jugaba y cantaba con ellos y les entregaba con su cariño las golosinas. Aquellos niños, hombres hoy, ¿habrán olvidado estos días de colonias? ¿No pensarán alguna vez en aquel Arzobispo que fue tan paternal y tan bueno con ellos?



Alocución del señor Arzobispo en la Misa de Infantes el día de nuestra Patrona

Recuerdo que en una ocasión hubo un incendio en la pinada que rodea al Pantano. El, temiendo por sus niños, se trasladó al lugar más cercano. La Santísima Virgen protegió a todos.

También en otra ocasión lo vi salpicado de barro en la P. del Carmen, en aquella riada de 1957. Visitaba sus parroquias destrozadas y el dolor de sus hijos. ¡Así era Don Marcelino!, gran corazón en dar todo lo que tenía y todo lo que con su gracia sabía conseguir, y darse entero él que es la mayor de las caridades.

Lo admiré como sociólogo en la Obra Social Femenina de la Virgen de los Desamparados, en donde yo trabajé bastantes años. Su fundador fue D. Manuel Pérez. Estaba entonces de Consiliario D. Rafael Lucia, entrañable, admirada e inolvidable persona para mí, y era su presidenta D.^a Francisca Villanueva.

Esta Obra Social, que llegó a reunir miles de jóvenes obreras, tenía como finalidad educar a la mujer que trabaja de forma integral, es decir, católica, moral, social e intelectualmente. Lo conseguía con sus clases de cultura, de especialización, conferencias, retiros y Ejercicios espirituales.

Nuestro Arzobispo sintió, desde su llegada a Valencia, una gran simpatía por la Obra. Ella llenaba su vocación social y su amor al obrero. Gracias a sus esfuerzos económicos, al trabajo de su infatigable y fervoroso Consiliario, y a la entrega de su Presidenta y de sus asociadas, se logró levantar en Náquera, cuna de su fundador, una hermosa casa de vacaciones en medio de una frondosa pinada. Ella llenaba las aspiraciones de pasar unos días de descanso y de paz a la mujer que durante todo el año tiene que respirar el aire viciado de oficinas, fábricas, talleres y enfermerías. Nunca olvidarán los habitantes de Náquera el día de su inauguración y las palabras de su Arzobispo.

D. Marcelino visitaba las colonias con frecuencia, y también las clases y nunca faltaba a las veladas que en

fechas aniversarias celebraban las jóvenes unas veces en el Conservatorio y hasta en el Teatro Principal.

¡Cómo le querían las obreras! Le regalaban bordados pañuelos que eran los que él enarbolaba con tanta gracia en las grandes concentraciones de fervor.

Y ahora, ¿cómo silenciar su devoción mariana que se desbordó en aquellas procesiones en las que se paseó la Mareta por las calles y plazas de Valencia y su Provincia? Cuántas veces esperaba él su llegada como hijo amoroso en el Camarín de la Patrona. Ella llegaba estropeado el manto y la caballera ajada por el ardiente fervor de los fieles y él decía emocionado y dichoso, «Madre mía, cómo te han puesto».

Y ¿cómo olvidar la Misa de Infantes en aquella festividad de la Patrona de Valencia? Cierro los ojos y veo con toda la luz de un día primaveral valenciano la gran plaza. El hermoso y artístico tapiz de flores como retablo. Veo el elevado altar, oigo la Escolanía que trenza sus canciones con niños de muchas escuelas y colegios. Diviso la multitud de fieles que lo invaden todo. Misa, emoción, canto y por fin surge la silueta elevada y querida de nuestro Arzobispo, que sonriendo y sacando su pañuelo blanco envía su saludo a todos los valencianos. Como una corriente eléctrica se axaltan los espíritus. La homilía se pierde entre aplausos y emoción... Y es que las obras y los gestos tienen siempre mucha más fuerza que las palabras.

Como broche final, ¿por qué no glosar aquella oración que él compuso para la Virgen en el Año Santo y que tan proverbial se ha hecho en esta misa valenciana?

«Ampáranos Señora y Madre nuestra» ¡cuánto necesitamos tu amparo Virgen María!... «Ampara nuestras familias, nuestros pueblos, nuestro mundo actual»... ¡Cómo cabían todos en su católico corazón! «Da a todos pan, abrigo y amoroso hogar». ¡Bien nos dio él ejemplo con sus caridades!... «Aleja de las mentes el error y de los corazones la debilidad». ¿Dónde arrojamos la semilla tus pobrecitos maestros católicos?...

Su figura se difumina. Su pañuelo va desapareciendo en el horizonte como paloma mensajera. Que él lleva tras de sí nuestros sentimientos y nuestros fervores. Que ese pañuelo lleve tras de sí el afecto de este pueblo de Valencia que tanto tiene que agradecer a aquel Arzobispo que se llamó D. MARCELINO OLAECHEA y LOIZAGA.

Pilar Aznar

NOTA FINAL

...y sólo uno de los diez leprosos que habían sido curados por Jesús fue a buscarle, se postró ante El y le dio las gracias. Los restantes vivían ya inmersos en una vida feliz en la que habían enterrado afectos y gratitudes.

No es este el caso presente, pues cuando desde el Cielo, amadísimo don Marcelino, vea los nombres que figuran al pie de los escritos que se insertan en el presente ejemplar recordará a algunos de aquellos a quienes V. E. confió las obras religiosas, sociales y educativas, que como brotes lozanos nacían en vuestro generoso corazón. Estos fueron quienes prepararon las parcelas para que aquellos brotes se convirtieran en árboles frondosos y dieran ciento por uno.

Nada tenemos que ver nosotros, reverendísimo señor, con las ingratitudes de aquellos leprosos y después de cerca de medio siglo de vuestra llegada a Valencia aquí seguimos proclamando a los cuatro vientos vuestro memorable y fecundo paso por la Sede valentina para que los valencianos, recuerden unos y conozcan otros, vuestro amor a Valencia y los esfuerzos realizados para engrandecerla.

No ha sido fácil para nosotros, personas de economías modestas, financiar el presente libro por lo que ha habido que prescindir de colaboradores que hubieran aportado otros motivos importantes de la actuación de don Marcelino y aun así, hemos tenido que lanzarnos venciendo dificultades y estimulados por voces amigas, tales como las de don Jacinto Argaya y don Joaquín Mestre a cumplir nuestro propósito saliendo a flote felizmente como salían

las empresas de nuestro recordado y querido Prelado...
«Haz lo que debas».

Acoge valenciano este libro con el cariño que merece y en los momentos de descanso acude a él para recordar a la persona que tanto hizo por Valencia y por su Iglesia.

P.

INDICE

	<i>Pág.</i>
Gratitud a nuestro Fundador, <i>Concepción Hervás</i>	5
Don Marcelino, fiel servidor de la Iglesia en Valencia, <i>don Jacinto Argaya</i>	7
Un Arzobispo salesiano en la Sede Valentina, <i>Pascual de Pablo</i> ...	11
Don Marcelino y el Santo Cáliz, <i>Manuel Sánchez</i>	25
Olaechea por la ruta de Don Bosco, <i>Alfonso Iniesta</i>	33
Don Marcelino y la Acción Católica de los hombres, <i>José Cogollos</i>	39
Acción Católica, rama femenina, <i>Concepción Sánchez</i>	43
Casas para obreros y Escuelas, <i>Pascual de Pablo</i>	47
Dispensario de Nuestra Señora de los Desamparados y Escuela de Enfermeras, <i>un padre agradecido</i>	53
La Escolanía de la Virgen, fruto de la devoción de don Marcelino Olaechea, <i>Felipe Pastor</i>	57
La tómbola de la Virgen, <i>Elena Arnal</i>	63
Benimar, <i>María Luisa Haro</i>	67
Las Escuelas salesianas de Alcoy, <i>Roberto Campos</i>	71
Un salesiano discípulo de don Marcelino, <i>Ricardo Nácher</i>	75
Como su pañuelo blanco, <i>Pilar Aznar</i>	79
Nota final	85